

DOS DENUNCIAS

Parece que hay quien cree que yo he podido injuriar al Cuerpo de Penales. Nunca pensé que pudiera hacerlo; pero no discuto. Después de todo, bien pudiera ocurrir que el que tuviera razón fuese yo.

Pues, sí; he sido denunciado dos veces por ese supuesto delito: una en *El País* (esto lo siento, por el perjuicio de la recogida que le he causado al querido colega) y otra en *El Motín*. La primera, por felicitar al Cuerpo de Penales con motivo de la excedencia de Salillas; y la segunda, por haber reproducido lo que me escribían desde Ceuta y otros puntos a propósito de hechos que, si eran constitutivos de delito, creía yo que la responsabilidad alcanzaba a otros, no a mí.

Realmente se confunden algún tanto mis ideas en este punto; pero como el art. 475 del Código Penal dice textualmente: «Al acusado de injuria no se admitirá prueba sobre la verdad de las imputaciones sino cuando éstas fueren dirigidas contra empleados públicos sobre hechos concernientes al ejercicio de su cargo», sospecho que acaso pueda yo probar que muchos individuos del Cuerpo de Penales merecen que se les aplique este otro artículo:

«213. Incurrirán también en las mismas penas en sus respectivos casos (inhabilitación o suspensión).

6.º El alcaide de cárcel o jefe de establecimiento penal que impusiere a los presos o sentenciados privaciones indebidas o usase con ellos de un rigor innecesario.»

En fin, allá veremos. Bien mirado, estas denuncias y estos procesos debe esperarlos siempre todo aquel que se empeña en que las cosas sean como él entiende que deberían ser, y no como en realidad son.

Erre que erre

Mi padre me da de palos porque quiero a un granadero, y al son de los palos digo:
¡Viva la gorra de pelot!

(Cantar antiguo.)

No sé en qué se habrán fundado los señores de la Dirección de Prisiones, desde el que está a su frente hasta el último jefe que en él influya, para suponer que con denuncias, recogidas y procesos van a hacerme callar. Si me conocieran un poquito solamente, habrían apelado a todos los medios menos a ese. Y, sin embargo, nada tan sencillo como imponerme silencio: basta con que los empleados cumplan los reglamentos y en la Dirección obren con justicia; mas como esto no se hará, yo continuaré hablando y proponiendo cuanto se me ocurra hasta ver si consigo que deje de ser una vergüenza para España y una afrenta para la humanidad la cuestión de las prisiones.

Por lo pronto, y para hacer boca, se me ha ocurrido lo siguiente: enviar al fiscal del Tribunal Supremo todos los escritos de cierta clase que de cárceles y presidios reciba, por si encontrare en ellos materia de delito; dando yo cuenta en *El Motín* de los que sean. Había pensado hacerlo a la Dirección general; mas como no me inspira confianza la manera de formar y resolver allí los expedientes en familia, me voy derecho a la cabeza.

Que esto podrá dar lugar a que intencionadamente se me envíen denuncias falsas, con nombres supuestos. Claro que sí; pero en este caso, con sobreseer el expediente, negocio concluido. Pero aun de ese inconveniente puede surgir esta ventaja: que para desmentir los hechos falsos haya que entrar en averiguaciones que den por resultado el poner otros verdaderos al descubierto. Es un arma de dos filos, que hay que manejar con mucho cuidado.

Y calcúlese la que se armará el día que los presos y los penados sepan que hay quien se encarga de transmitir sus quejas y sus denuncias a la autoridad competente para ordenar que se depuren; no quedará seguramente oculto ningún hecho ilegal cometido por los empleados de Prisiones. Porque mucha hambre de pan tienen los presos; pero tienen más de justicia.

Y para que no pueda ni sospecharse que esto que digo es hablar por hablar, a continuación estampo el primer escrito que entregué con fecha 16 del actual en la Fiscalía

del Supremo, de acuerdo con la opinión sustentada por D. Francisco Javier de Ugarte, que está a su frente, en el párrafo que copio a continuación, inserto en la página 16 de la Memoria que presentó en la apertura de los Tribunales en 1907:

«En todos los pueblos se considera obligación elemental del ciudadano auxiliar la acción de la justicia; donde se desconozca o se niegue esa obligación, no hay defensa social posible ni se concibe el Estado. Estimamos inadmisible la denuncia es carecer del instinto de conservación y aun del concepto del honor.»

Á la Fiscalía del Tribunal Supremo

José Nakens, vecino de Madrid, con domicilio en el Paseo de Alberto Aguilera, 34 antiguo, 52 moderno, de profesión publicista, capacitado legalmente, comparece y como mejor proceda, dice:

Que con destino a la publicidad ha recibido por correo la carta y el pliego que acompaña, fechados en Ceuta, y firmados por 31 penados. En esos documentos se denuncian, al parecer, atropellos y desmanes cometidos por empleados del Cuerpo de Penales; y como a juicio del que suscribe, la sanción de la ley ha de ser para estos hechos más eficaz que la sanción de la opinión pública, los encomiendo al conocimiento de los Tribunales de justicia, para que se proceda a lo que haya lugar.

Suplica el dicente a la Fiscalía se sirva remitir las denuncias adjuntas al juzgado instructor correspondiente, para que exija a los interesados la debida ratificación, les ofrezca el procedimiento, y ponga todo su celo en la depuración de las consiguientes responsabilidades, pues todo ello es de justicia, que pido respetuosamente.—Madrid, 16 Julio de 1909.

JOSÉ NAKENS

YO, Á MÍ

Y ahora, aprovechando esta circunstancia, voy a soltarme a mí mismo una dura repasata, para ver si consigo traerme al buen camino, y vivir relativamente tranquilo hasta que una enfermedad cualquiera me desahucie de la vida, suceso que no tardará en realizarse, dado el mucho tiempo que llevo ya avecinado en este planeta.

Y empiezo, y me digo:
«Has tenido siempre la mala costumbre, desaconsejado Pepito, de meterte en todo aquello que no te afectaba directamente, y con tal calor y terquedad, que de haber aplicado tus vehemencias a lo que personalmente te interesaba, tendrías hace tiempo una fortuita, que disfrutarías ahora en paz y sosiego, como la disfrutaban hasta los que reunieron la que tienen estafando y robando.

Yo creía que después de los palos llevados, los desengaños sufridos, las contrariedades soportadas, habrías sentado ya la cabeza, y no volverías a meterte más en libros de caballería, cuando héte aquí que vuelvo a verte denunciado, procesado y expuesto a sufrir un par de condenas. Y todo ¿por qué? por meterte a redentor de delincuentes y criminales. Vergüenza debería darte sólo el pensarlo. ¡Pero sí vergüenza! Cuando hace una media hora me digiste que por ninguna otra cambiarías la dicha que hoy alcanzas, de verte anatematizado en los conventos y alabado en los presidios, maldecido en las sacristías y bendecido en las cárceles, te miré estupefacto y me dije: «Este se ha vuelto ya loco del todo»; y decidí no hacerte observación alguna; mas por si acaso quedare un rayo de luz en tu cerebro, voy a hablarte como si lo tuvieras alumbrado con el arco voltaico del buen sentido. Escúchame, pues.

No voy a negarte que en las prisiones se falta a la ley, a la justicia, a la humanidad; que cuantos se albergan en ellas sufren, a más de la pena que a cada cual le fué impuesta, otras en que sus jueces no piensan; que debería ponerse remedio a esto, sin menoscabar en nada la fuerza moral de los empleados de Prisiones, a la vez que facilitarse a los presos el medio de que pudieran hacer llegar sus quejas y sus reclamaciones justas a las autoridades en cuyas manos estuviese el remediarlas. ¿Pero se sigue de aquí que hayas de ser tú precisamente el que tome a su cargo este empeño?

Cada hombre debe limitarse a desarrollar su acción moral dentro del círculo trazado por los deberes que le impone el cargo que

desempeña, sin invadir el de los otros; y como los empleados de Prisiones tienen jefes que los corrijan si delinquen, y jueces que los juzguen si los procesan ¿quién te mete a ti a desfacedor de entuertos? Y te diré más:

¿Ves tú que ningún obispo, ningún canónigo, ningún fraile, llamados por razón de oficio a socorrer al necesitado y amparar al desvalido, y que viven muy bien a cuenta de eso, se cuiden para nada de lo que en las prisiones ocurre? ¿Qué más prueba de que si hay en ellas miserias que remediar, crueldades que precaver, injusticias que reparar, no eres tú el llamado a hacerlo? Si ellos no cumplen la obra de misericordia, visitar al preso, que el Papa ha inventado recientemente en sustitución de la de redimir al cautivo, ¿quién te manda a ti meterte en tal fregado? ¿Es que piensas colarte en el cielo por ese agujero? ¡Ay! Harto sabes que la entrada en ese lugar de delicias te está cerrada a piedra y lodo.

Otra cosa he de advertirte ahora que se presenta la ocasión: todo en el mundo tiene su medida; y hasta las buenas cualidades, cuando se exageran, dejan de ser tales.

Si por amistad antigua, o por agradecimiento a sus atenciones, o por devoción a la obra que se trae entre manos, creiste que debías defender a Salillas mientras estuviste preso, ¿por qué desde que te viste libre no cambiaste de conducta? Y ya que entonces no lo hiciste, ¿quién te manda hoy, al verle caído, continuar defendiéndolo? ¿Ignoras acaso que hasta las ratas se retiran de la casa que amenaza ruina? Bueno es amparar la razón y la justicia, cuando su defensa no nos expone a disgustos ni contratiempos; es un sport moral muy agradable; pero cuando, sobre no proporcionarnos provecho alguno, nos acarrea males positivos, solamente los necios y los locos pueden empujarse en defenderlas. Déjate de romanticismos mandados recoger hace tiempo, y allá que cada cual se las arregle como pueda. Deja para los corregidores de Almagro la ridiculez de apesadumbrarse porque a un vecino le sacan la chupa corta.

Y viniendo a la realidad, a lo práctico, dime:

¿Qué vas a sacar de esa campaña, nombre que das tú a todas las quirotadas en que te metes? Ya lo estás viendo; denuncias que te traen pérdidas materiales; procesos que acaso te proporcionen condenas legales; antipatías de individuos a cuyas órdenes pudieras verte nuevamente. Se necesita no tener sentido común para exponerte a todo eso, sin esperanzas de provecho alguno.

Ni de provecho, ni de remedio; pues no creo que supongas que a fuerza de insistir en el tema, vas a lograr que al preso no se le pegue ni se le escamotee medio garbanzo. Hay males en la sociedad que son incurables; por lo menos no se ha encontrado todavía el modo de curarlos: lo que le pasa a la cirugía con el cáncer.

Y no vayas a pensar por lo que te digo, que condeno en absoluto tu conducta. No está mal que de vez en cuando, como hacen otros periódicos sensatos, estampes cuatro vulgaridades en favor de las víctimas del actual régimen carcelario; se alardea así de sentimientos altruistas y de amor a la justicia y a la novísima ciencia penitenciaria. Pero esto de tomarlo por oficio casi, es una imbecilidad mayúscula. ¡Ni que te dolieran a ti los palos que reciben los presos y te extenuara el hambre que pasan!

No seas tonto, y abandona ese camino. Para ir soportando regularmente esta miserable vida, hay que acomodarse al medio, parecerse a la generalidad, obrar como el mayor número, y no crearse uno mismo contrariedades y disgustos. ¡Pues apenas le vienen de fuera sin buscarlos!

Por hoy no te digo más; acaso otro día te dé otra repasata, para ver si vienes a la realidad; que lo dudo: ejerce ya en ti funciones de segunda naturaleza la manía de interesarte por las causas perdidas. Pero, en fin, yo cumplo con mi deber advirtiéndote del peligro en que te hallas. Y ahora, allá tú.

ECOS DE LAS PRISIONES

El Radical Gaditano publica lo siguiente:

«A la prensa española y al partido republicano

Por un delito de imprenta, fué el 22 del pasado dictado auto de prisión y procesa-

miento «sin fianza», contra el periodista don Vicente A. Restán Tirado.

Por tratar de denunciar ciertos hechos de orden interior de la Cárcel de esta ciudad, donde se encuentra recluido, y antes de probarse la verdad o incertidumbre de tales quejas u observaciones, fué colocado en blanca en reducido calabozo y amarrado de pie y mano, desde el día 8, donde permanece; y es de notar que en los dos primeros días no le fué permitida la entrada del alimento que se le traía de su casa, y luego sólo se le permite la de la leche que se le envía; siendo su estado de salud delicado.

Por supuesto delito de injuria y calumnia a particulares, fué encarcelado el periodista D. Luis Cossi Alvarez, exigiéndosele la cantidad de 5.000 pesetas en metálico para su libertad provisional, y 5.000 para costas.

Recomendamos a la prensa libre y a los partidos que amen la verdad y la justicia, el conocimiento y estudio de estos casos y la defensa de los compañeros que sufren.

«Protestamos, dice *El País*, contra la barbarie de amarrar en blanca a un periodista, a un delincuente honrado, por haber denunciado un crimen carcelario.

Ese castigo sólo debe usarse en casos especiales y con criminales. Abusar de su aplicación es marroquí.

¿Esa es la reforma penitenciaria, Sres. Renedues y marqués de Figueroa, que dicen defender y desear?»

Y añado yo:

«Ese hecho de Cádiz dice más que cuanto yo he dicho acerca de lo que viene ocurriendo en nuestras prisiones.

Si amarran en blanca a un periodista por intentar decir algo de lo que pasa ¿a que no se atreverán, tratándose de presos desvalidos y sin medios de hacerse oír?

¡Compañeros en la prensa; ayudadme a acabar con esa iniquidad organizada que se llama régimen penitenciario!

Y habremos realizado obra de justicia.»

Y ahora dos preguntas al director de Prisiones.

1.ª ¿Dónde llevaron al herido Jerónimo Domínguez Bastante el día que llegaron a Ceuta *El País* y *El Motín* refiriendo lo de la puñalada que le dió el barbero al afeitarse? ¿Está acaso en el matadero de hombres llamado calabozo de la Puerta de Málaga, amarrado como una fiera y sujeto a los tratamientos más inhumanos, como se susurra por la Colonia?

2.ª ¿Cuándo se resuelve el expediente que hace dos años y medio se abrió en Ocaña, a consecuencia de una colisión en que resultaron varios heridos y un muerto, colisión originada por latrocinios en el Económico? ¿Es cierto que se ha nombrado al Inspector general de Prisiones, Sr. Cadalso, para resolverlo? ¿Ofrece este señor las suficientes garantías de imparcialidad y desapasionamiento, para poner sobre eso que llaman enfáticamente *el honor del Cuerpo* la idea de la justicia, a pesar de que él alardea de justiciero? Lo veremos el día que se abran las Cortes y un diputado pida y estudie ese expediente famoso.

Y no pregunto más por hoy, aunque pudiera llenar el número entero con preguntas parecidas. Ya las iré haciendo, hasta convencer a los mantenedores del régimen vigente, que acabaron aquellos tiempos en que la obscuridad y el silencio amparaban todos los desafueros que en las prisiones españolas se cometían. Hoy la luz ha entrado en ellas para alumbrar la salida de la verdad. Y con aquella dentro y ésta fuera, el saneamiento moral y material de las prisiones es cuestión de tiempo. Y de poco tiempo. Ya lo verán.

Desde el momento que los presos están dispuestos a decir lo que ocurra sin miedo a los castigos que les impongan, forzoso será implantar la justicia en las prisiones. Aun suponiendo lo imposible, esto es, que quienes las dirigen consiguieran que no saliese de ellas ni una nota escrita, los absueltos o los cumplidos me las traerían. Y los presos diciéndome lo que ocurre, y yo trasladándolo al fiscal del Tribunal Supremo, nos bastamos y nos sobramos para demostrar que urge implantar la Reforma Penitenciaria.

Con que ánimo, desgraciados; no decidme nada que no sea rigurosamente exacto y fácil de probar, y confiad en la rectitud de los jueces. Lo malo hasta ahora para vosotros, era que no tenáis medios de haceros oír. Ya los tenéis. Mucha disciplina, aunque se os excite a faltar a ella; reclamad con

justicia, y confiad en obtenerla; y, sobre todo, desoid á los que acaso traten de haceros creer lo contrario, para que perdáis toda esperanza y continuéis callando. Nunca tuvo sentido común el conocido refrán: «del enemigo el consejo.»

Medida urgente

Las informaciones que á diario reciben El Motin y otros periódicos de los presidios y de las cárceles, demuestran cosas que merecen toda la atención de la Fiscalía del Tribunal Supremo y del Ministerio de Gracia y Justicia:

Primera: La realidad de los delitos denunciados; esto es, que á los presos se les hace víctimas de malos tratos y se les cercea la alimentación y la higiene. Hable el expediente de Ocaña en tramitación desde hace dos años y medio.

Segunda: Que el expediente, como medio de investigar la verdad y como punto de partida para una sanción justa contra estas temerarias, es por completo ineficaz.

Existe, pues, un estado de tolerancia para los delitos y un ambiente de aliento para los delinquentes; del que con seguridad no tienen conocimiento las autoridades judiciales, pues de tenerlo, hubieran procedido, obediendo numerosos preceptos de la ley procesal, á la depuración de responsabilidades.

Y conste que de aquí no deduzco un cargo contra los jueces; estos delitos tienen un carácter ambiguo; la obscuridad, el miedo y las murallas protegen á sus autores, y sus víctimas ignoran muchas veces si el vergajo, el garrote, y la miseria, y la dieta son detalles legales del procedimiento penitenciario y de la terapéutica correccional.

Además, los presos, en el afán de objetivarse que á sus espíritus llevan las paredes nexos á sus celdas, han olvidado que el castigo fué conclusión deducida de una serie de premisas, y no ven en el juez sino el instrumento que les ha causado un dolor; en este concepto apartan de él su mente, para dirigirse á la Opinión, á la Prensa, á la humanidad en súplica de que se hagan solidarias de sus angustias.

Pero esto no establece á favor del Poder judicial el derecho á inhibirse del conocimiento de estos procesos; la acción de la justicia debe franquear los muros de la cárcel y procurar que la medida del castigo impuesto no se altere por la voluntad de quien carece de facultades de jurisdicción, y sólo as tiene de orden, sujetas estrictamente á los reglamentos confeccionados por los más altos poderes.

No es fácil, ni mucho menos, la persecución de estos delitos; el alcaide, señor feudal de su castillo, tiene medios de ocultar la verdad á una inspección anunciada previamente, y de imponer por el terror el silencio, y hasta el elogio, á labios que, de moverse con libertad, pronunciarían acusaciones formidables. Por otra parte, no sería raro encontrar en estos establecimientos empleados cuya categoría les bastara para decirle al Magistrado: «Nos, que somos tanto como vosotros...»

Por fortuna, la ley de Enjuiciamiento Criminal ofrece un medio de perseguir estos delitos con garantías para todos y salvando las dificultades expuestas; en sus artículos 304 y 305 prescribe el nombramiento de Jueces Especiales, cuando las causas versen sobre delitos cuyas circunstancias extraordinarias circunstancias ó las de lugar y tiempo de su ejecución ó de las personas que en ellos hubieran intervenido como ofensores u ofendidos, motivaren fundadamente el nombramiento.

Más claro, ni agua clara. El artículo de la ley parece escrito para este caso concreto, y las Salas de Gobierno de las Audiencias Territoriales y la Fiscalía del Tribunal Supremo, y el Ministro de Gracia y Justicia, deben proceder con premura y urgencia al nombramiento de Jueces Especiales, con carácter permanente, facultades discrecionales y residencia en Madrid, para que puedan á voluntad trasladarse donde quieran y cuando quieran, y presentarse en cárceles y presidios, sin aguardar á que se reiteren ni ratifiquen las denuncias ya hechas, ni á que se formulen las que por hacer quedan, y ranscriban en papel de oficio los horrores que se quieran ahogar en el misterio.

El penado es hombre mientras cumple su condena, y después de cumplirla volverá á ser el ciudadano que pagó á la sociedad la deuda que con ella tenía contraída; no es lícito, pues, ni es moral desatender sus quejas, mucho menos aquí, donde el medio hace más delincuentes necesarios que voluntarios.

Por otra parte, encomendar á los empleados de Prisiones la averiguación de las faltas y delitos en que hayan podido incurrir sus compañeros al tratar á los presos, resulta

algo tan anómalo como resultaría el constituir un tribunal de lobos para juzgar á otros lobos por el delito de comerse las ovejas. Seguramente que éstas no se considerarían garantizadas en su derecho á la vida, aun cuando se hubieran elegido para formar el tribunal los lobos más imparciales y amigos de la justicia.

Si el ministro de Gracia y Justicia quiere encerrar al Cuerpo de Prisiones en el honroso recinto de su deber profesional, no tiene otro camino que éste. Las Ordenanzas, los Reglamentos y los Decretos más justos y equitativos de nada sirven, cuando quienes los vulneran saben que los presos callarán por miedo, y que los encargados de formar los expedientes atenderán en primer término á que la disciplina y la fuerza moral no padezcan; como si la fuerza moral y la disciplina en las prisiones se alcanzase cubriendo con el manto del silencio las genialidades económicas y tiranizadoras de quienes las dirigen, cuando precisamente se imponen ambas por todo lo contrario.

La idea está lanzada; que la recojan los que pueden hacer que se realice.

CAMPAÑA DISEMINADA

España Nueva requiere nuestra opinión y la de otros colegas sobre la campaña contra la guerra y en favor del servicio militar obligatorio. El mismo estimado colega da ya nuestra opinión.

Conocida es. La hemos expuesto desde hace años, nos ha valido procesos y condenas; por defender el servicio militar obligatorio estuvo preso unos días el director de El País hace poco más de un año.

No sólo defendemos esas ideas, sino que ayudamos á quien las defiende, sea socialista ó correligionario.

La indicación de España Nueva nos hace recapacitar en la necesidad de aunar los diversos esfuerzos. Los socialistas van por un lado, por otro los diversos partidos, entidades y grupos republicanos.

Las minorías parlamentarias pueden y aun deben organizar la campaña de propaganda, como prólogo á la que harán en las Cortes así que reanuden sus sesiones. El Congreso ha aprobado un proyecto de servicio militar obligatorio que no sabemos si abandonó ó no el Gobierno. En las Cortes elegidas en 1903 el Congreso aprobó otro proyecto del entonces y ahora ministro de la Guerra, que el Senado empujó. Hay que salir del actual estado, que permite la iniquidad de la redención á metálico.

No importa para proseguir la campaña que el gobierno haya desistido de enviar á Melilla, sobre las tres divisiones, un cuerpo de ejército. Tampoco importa la aparente pacificación. El conflicto es crónico y se agudizará cuando menos se piense.

En cuanto á la prensa, ya copiamos y apoyamos la excitación de D. José Nakens, que casi toda la prensa republicana de provincias apoyó también. Nos parece lo mejor de cuanto se ha ideado.

Prosigamos con brío, ya unidos, ya dispersos; que los hechos aunarán, queramos ó no, nuestros esfuerzos.

El País

El Motin se adhiere á la proposición de España Nueva y ruega á los diputados republicanos veraneantes que piensen más en la patria y menos en sus personas.

PATRIOTAS

Ciges Aparicio, mi buen amigo, uno de los escritores de más enjundia é intensidad con que contamos, piensa publicar en breve un libro sobre Ríotinto, uno más de la serie de la España de la explotación y la esclavitud blanca con que periódicamente abofetea las mejillas de sus connacionales. De dicho libro son esos artículos nerviosos y vibrantes, publicados en El Mundo y reproducidos por El Motin.

Los he leído con rabia y con pena, y después de leerlos todos, uno tras otro, una noche, en la soledad de mi despacho atestado de libros, he cerrado los ojos y he pensado muchas cosas.

He pensado que no somos independientes, pese á nuestra historia legendaria, llena de peleas, donde la raza indómita rebelde, incluso contra la civilización—porque juzgola envuelta en la imposición ajena.

Sí. No somos independientes. Y no hablo ahora de la mediatización de que protestan en Congresos y mítins oradores ilustres. Hablo de la sumisión material, efectiva, algo á la portuguesa, en que vivimos, tal vez sin apercibirnos de ello.

Pensad, lectores en que Ríotinto forma

parte de la provincia española de Huelva. Y sabed que en Ríotinto y en la que podríamos llamar capital de la región minera, en Nerva, son los ingleses los amos abso utos.

Y sabed más. Sabed que ese dominio es material y espiritual á la vez. La Compañía es dueña al mismo tiempo de los cuerpos y de las almas. Contra las segundas posee la coacción, el sitio por hambre, la influencia, el apoyo gubernamental. Contra los primeros, aparte de las cadenas del salario, los fusiles de los guardiñas.

Y á esto quería venir á parar. Los guardiñas, saticios al servicio de la Compañía de Ríotinto, constituyen un verdadero ejército, cuya misión consiste en amenazar á los españoles para que no se subleven contra los ingleses. Y esto ocurre en territorio español, dentro de nuestras fronteras, junto á las playas de donde saliera Colón para darnos nuevos dominios...

¿Que por qué hablo ahora de estas cosas? Por nada y por mucho. He leído en distintos sitios que no podemos consentir que los franceses de Massenet y los ibridos de Beniburr organicen por su cuenta guerrillas que defiendan sus minas.

Dichas guerrillas operarían dentro del territorio kabileño, fuera de nuestros límites. Pero nuestros gobiernos son muy susceptibles y no pueden tolerar semejante bochorno.

¿Qué quieren ustedes? Yo creía que era mas bochornoso que hubiera ejércitos de guardiñas, pagados por Inglaterra, en tierra española, que si que unos mineros internacionales se defendiesen á sí mismos en las comarcas del Riff.

Pero sin duda estaba equivocado. Los telegramas de Melilla así lo prueban cumplidamente.

FABIAN VIDAL

DON CARLOS DE BORBÓN

Ha muerto aquel por cuya causa murieron tantos españoles y tantas españolas de amar mares de lágrimas.

Quedaría avergonzado de mí si dijera que lo sentía.

LA MISERIA

A UN REVOLUCIONARIO

Fías en la miseria como fautora de revoluciones. En mal auxiliar pones tu esperanza. Instigadora de motines, cuando más, de ella nacerá la revuelta airada y sangrienta, la destrucción, no la revolución fecunda y creadora.

La miseria es madre de la desesperación, del embrutecimiento, de la servidumbre y de la vileza. No te fíes de ella. Empuja á los hambrientos á la rebelión; pero, saciada el hambre, los vuelve más sumisos al oprobio.

Crea mendigos, seres débiles y cobardes, sin la más leve idea de la dignidad, sin respeto á sí mismos, sin ansias constantes de mejor estar, sin tenacidad en los propósitos, sin persistencia en las resoluciones, sin inteligencia para la acción. La miseria es bestial y ciega; se rinde pronto á la fuerza, al soborno y al halago.

Pueblo de hambrientos, pueblo de esclavos, pueblo de miserables, pueblo donde la barbarie, la ignorancia y el mal tienen su asiento; pueblo de mendigos, pueblo que retrasa á los demás en el camino del progreso y del bienestar.

Si la miseria fuese agente de revoluciones, España marcharía á la cabeza de muchas naciones en el camino de la emancipación humana; los obreros más explotados y oprimidos serían los más valientes soldados de esa emancipación, y, sin embargo, España forma en las últimas filas de la retaguardia, y los obreros más miserables son los que más temen y los que menos se preocupan de su suerte.

No, no hará la miseria otra cosa que males; que del mal sólo mal debe esperarse. El bienestar creciente, la instrucción, la dignidad, la salud, la fuerza, he ahí los verdaderos agentes de la revolución.

Que se eleven los salarios, que se rebajen las jornadas, que entre la abundancia en el hogar obrero, que el bienestar suscite nuevas necesidades, que la cultura dé á todos conciencia de su derecho á vivir vida digna y racional, y cuando las crecientes necesidades físicas, morales é intelectuales, cuando un superior concepto de la justicia arme el brazo de los oprimidos, ni las balas podrán reducirlos al silencio, ni la abundancia del día les hará desistir de sus propósitos.

Guerra, guerra á la miseria. Ella es la mejor auxiliar del despotismo, de la explotación, de la ignorancia, del envilecimiento y del crimen. Es la consejera de la desespera-

ción, y la obra que hemos de realizar los trabajadores es obra de inteligencia, de templanza y de prudencia, cualidades que, lejos de excluir la energía, son inseparables de ella.

J. J. MORATO

Higiene pública

La roña católica

Un diputado y periodista, Francos Rodríguez, aboró en el Congreso por la limpieza, los baños y la higiene. Como era de esperar, predicó en desierto, ante una asamblea compuesta de clericales. Miráronle casi todos como á un bicho raro ó á un demente; como quien se dice: pero ¿este hombre se ha vuelto chiflado, ó qué? ¿Pues no se viene piñiendo aseo para un país dominado por la Iglesia? ¿De dónde sale este señor? ¿No se ha enterado aún de nuestra situación moral?

Menos mal, para el diputado baleario se entiende, que por pudor no se atrevió ningún luis de la mayoría á increparle seriamente en nombre de la ética del catolicismo; entonces hubiera oído lo que era bueno. El luis podría haberle citado el hecho de un obispo sudamericano, cuya obra de moral fué puesta en el Índice, reinando Pío IX, porque en ella el prelado recomendaba los baños y la limpieza del cuerpo. ¡Horror!

Naturalmente, en el Vaticano se encuentra de todo: sa onas, museos, bibliotecas, oratorios, viviendas, loggias ó galerías, despachos y oficinas; almohenes, bodegas, despensas bien provistas; cocinas, retretes, escaleras y habitaciones secretas; todo menos un cuarto para bañarse, aunque el clima de Italia exige mucho empleo del agua.

Los católicos no pueden olvidar su origen. Sus primeros padres fueron judíos, y el judío es el pueblo más sucio de la tierra; judíos pescadores astrosos que se mojaban, pero no se lavaron en su vida. Se les unieron, cristianizándose, aquellos esenios y terapeutas de la Palestina, filósofos que odiaban la carne y la naturaleza; por eso vivían casi como los salvajes, se dejaban crecer el pelo y las uñas, habitaban tugurios, vestían de lampazos y apostaban desde cuatro loguás á la redonda; su horror al agua era proverbial. Muchos neoplatónicos observaban idéntico sistema de marranería moral.

Llegado el cristianismo á Roma, donde lo llevaron hombres nada aseados, en quienes primero hizo presa fué en los seres abyectos y miserables. Los cristianos de las catacumbas eran sucios sobre toda ponderación, eran trogloditas en antros obscuros donde toda su edad tenía su asiento, y cuando lograban conquistar á alguna persona rica, lo primero que le infundían era el desaseo de su persona. Todo cristiano apostaba, por que bajo sus ropas escondía un cuerpo imprecable por lo asqueroso. Hay que leer las diatribas que sobre la cochinería de aquellos sectarios escribieron Celso, Porfirio, los epicúreos y Marco Aurelio.

Esta tradición de la porquería nauseabunda se perpetuó en la Iglesia para no concluir sino con ella. Lo primero que los cristianos destruían donde llegaban á dominar eran los baños y las termas; después todos los lugares de esparcimiento y las bibliotecas; nada de arte ni de cultura era su consigna.

La Edad Media debe al catolicismo su espantosa suciedad, que llenó la Europa, la Palestina y otra parte del Asia de horrosas epidemias. Una ciudad cristiana de aquellos tiempos era un muladar, y no se debía esto al atraso de los tiempos, como quiera que las poblaciones griegas y romanas, y las cristianas mismas antes de serlo, habían brillado como emporios de limpieza; la porquería entró en todas partes con el cristianismo. El uso del incienso, copiado de los judíos y de los paganos, más que como elemento estético del culto, fué adoptado en el cristianismo con el fin de neutralizar el olor pestilente de los fieles congregados en el templo.

¿Habéis oído hablar del famoso botafumeiro de Santiago de Galicia? Es un incensario colosal, en cuya cazoleta para las brasas caben muy bien tres personas sentadas. Colgado está á bastante altura en el crucero de la catedral y puede quemar muchas libras de incienso á la vez, cuyo humo se esparce más pronto gracias al movimiento que mecánicamente se le imprime. Pues fué ideado con el fin de contrarrestar el hedor insufrible del pueblo católico y de los numerosos peregrinos mugrientos y repugnantes que llenaban las naves.

Toda reunión de creyentes de esa especie exhala un vaho mofético. Donde sintis que huele muy mal, podéis decir sin miedo á error: ahí se hallan católicos reunidos. En nuestros días, sobre todo traído de España, mucho de esto sucede aún, y cada día con mayor intensidad, á medida que el influjo clerical aumenta.

Ya se sabe; en los templos huele mal, muy mal, á pesar del incienso. Iglesia lúena, iglesia apostada. Luego hay que abrir todas las ventanas para que se desvanezca aquella pestilencia. Existe el llamado olor á iglesia, especial y característico, no confundible con

Otro alguno, y es oír a sujeción vieja, mo-
bosa y repudrada; la que pueden causar mu-
chísimas mujeres sucias, reunidas con bas-
tantes hombres no más limpios.

El catolicismo insiste en predicar la su-
jeción, principalmente a la mujer, porque
profesa el principio de que en ese estado se
ve obligada a la castidad. Cree que la virtud
de la mayoría de las devotas no reconoce
otra causa que el hallarse interiormente he-
chas un asco. Así ha conseguido tergiversar
en las familias cristianas las nociones natu-
rales del sexo, las a la extrema de que las
mujeres católicas digan a sus hijas que la-
varse el cuerpo es una cochinala, propia
sólo de las mujeres malas: esta es la máxi-
ma corriente entre católicos.

En la Edad Media el hecho de lavarse a
menudo constituía un indicio de impiedad.
Sabido es que la última persona que-mada
viva por la Inquisición de Sevilla fué una
pobre joven católica, acusada de haberse
lavado todo el cuerpo; nada más que eso, y
por eso fué a la hoguera!

Esto que hacía en el siglo XVII la Iglesia,
lo hiciera también hoy si la dejaran; y ya
que no puede, se esfuerza en aconsejar el
descuido de la persona por todos los me-
dios a su alcance. Leed el *Año Cristiano* y
cuantas vidas encontréis; yo os reto a que
en una sola veáis referido que el santo se
lavó a jamás parte alguna de su cuerpo; al
contrario, se encomia estrechamente su
descuido, proponiéndole como otro ejemplo
de virtud.

Galdós, en su *Familia de León Roch*, nos
presenta a María Egipcíaca, la fanática de
voto, que separada por algún tiempo de su
marido por cuestiones de religión y entre-
gada a un pietismo arduo, cuando siente
celos de una vecina de su esposo é-intenta
ir a reunirse con él para reconquistar su
afecto, lo primero que hace es lavarse toda,
lo que no había practicado durante largo
tiempo.

En mi práctica del confesionario, infinitas
veces he oído a mujeres y a niñas que se
acusaban por no haber podido sufrir más tiem-
po los efectos de la suciedad interior. —Pero
lavarse no es pecado —les decía yo. —Padre,
dicen que sí, porque como tiene una que
verse... pues se alta a la modestia.

Horrible trastorno de las ideas y del len-
guaje el que introduce la Iglesia en sus cre-
yentes! ¡bar el nombre de modestia, virtud
que nada tiene que ver con la castidad, al
desprecio y el odio del cuerpo propio! Dios
mío; ¿cómo han formado la parte moral de
estos católicos, que en no poder ver su
mi-mo individuo sin sentirse tentados de
impureza ó en peligro de tentación?

He ahí el gran error de la Iglesia; preci-
samente la suciedad es la que engendra
más picantes estímulos, y el estar siempre
vigilando por la pureza es lo que más pre-
sente pone sin cesar la idea del vivir con-
trario, y con ella un acicate poderoso, á ve-
ces irresistible. Ninguna sociedad más im-
pura que aquellas cortes de Luis XIV y de
Luis XV, que nos ha descrito Taine, forra-
das de sedas y encajes y por dentro estereo-
teros y depósitos de sarna, de fuegos her-
péticos y de otras erupciones, producto de
la gorrinería piadosa que fomentara la di-
rección espiritual en moda.

En mi juventud he sido sacristán de dos
conventos de monjas. Si mucho apestaban
las del primero, tanto ó más las del segun-
do. Había en éste tres comunidades, que
decían observaban reglas distintas en aus-
teridad, pues con la mayor porción de ase-
tismo estaba en razón directa la del mal
olor de las monjas. Las carmelitas, que eran
las más penitentes por su instituto, olían de
tal modo, que no se podía estar cerca de
ellas un momento sin sentir náuseas. ¡Y
mis condiscípulos de teología que me en-
viaban porque tenía que entrar en el claus-
tro dos veces, lo menos, diariamente! Ya se
lo dije cien veces: «No, queridos; nada de
poesía, ni de otras cosas; las buenas mujeres
tienen mal olor y huelen a perro muerto.»

Diez meses, como todos saben, me re-
tuvieron mis superiores recluido en un mo-
nasterio de trapenses, hombres que esta-
ban a matar con el agua y el jabón; olían
lo mismo que las monjas. Notaron los bu-
nos padres que gastaba yo mucha agua, y
cuando les dije que sería porque me lavaba
diariamente el cuerpo todo, abrieron cada
uno... y uno de ellos, con dulzura, me repre-
ndió por tanto cuidado corporal, impropio,
dijo, de un sacerdote. Él estar en casa ajena,
donde no me trataban mal, y cuyos habitan-
tes tenían educación, me impidió contestar:
«Pero, padres, ¡si únicamente así me libro
de los parásitos que de ustedes se me pe-
gan!...» Porque los infelices vivían comidos
de piojos y dormían vestidos, sin sábanas y
se metaban la camisa de lana por trimest-
res. ¡Y así hay quien cree servir nada me-
nos que a Dios!

Pero ¿no véis a los curas? Casi todos hue-
len mal; mirad sus bocas, y sabréis lo que
son dientes podridos y alientos que tumban
de espaldas. Observadlos cuando comen, y
hallaréis gestos, maneras y actitudes de
quiere vive y piensa como un cerdo. ¡Id a la
iglesia y examinadla bien: miren en los
confesionarios y en las puertas; agua sucia
en las pilas, donde todo el mundo mete la
nada limpia mano. Miren aquel Cristo de
tamaño natural, puesto al alcance de las

bocas de los devotos; más magre tiene en
los pies que un carnicero sucio en el mandil.

Si observárais los hechos litúrgicos, ve-
rías que un mismo capillo blanco ponen
sobre la cabeza de todos los chiquillos que
bautizan, sano y enfermo, tiñoso ó como
estén; con el mismo alambre de plata se da
la unción del mismo vaso de aceite a todos
los enfermos; los curas se ponen todos los
mismos ornamentos, en los que veréis tanta
ó más roña que en los pies del Cristo; y así
todo: a la Iglesia no le habéis de higiene.
Esta se ha desarrollado en la proporción
que aquella ha ido perdiendo poder. Si la
dejaran, hoy enterraría en los templos, ex-
pondría en los cadáveres a medio descom-
poner, convertiría de nuevo las ciudades y
los hogares en basureros, y... que-naria vivo
al que se lavara.

Es impensable, es tenaz, es refractaria a
todo lo que no sea odio a la Naturaleza; esa
es su característica, y de ahí que España se
vaya haciendo más sucia cada día, como ya
lo fué en pasados siglos ¡Pobre Francos
Rodríguez! ¡Pedir higiene y aseó aquí, don-
de la Iglesia es reina y señora! ¿No se ha
percatado aún de ese predominio? ¿No sabe
á dónde conduce?

El clericalismo es sucio por naturaleza,
porque es malo y vive del odio y de la ab-
yección; se le puede intentar así: clerica-
lismo, igual atraso, tiranía, crueldad san-
guinaria, aversión a la Naturaleza y... eso:
la palabra que enérgicamente, y en ocasión
terrible, pronunció Cambronne.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Presos honrados

El jueves 8 del corriente ingresaron en la
cárcel de Figueras, el pastor protestante Luis
López Rodríguez y su hermano el director
de *El Heraldo de Figueras*, por haber en-
terrado en el cementerio civil de Aviñonet (en
construcción), el cadáver de un menor, bau-
tizado sin el permiso del padre, y sin tener
conocimiento de ello estos señores; y el día
12 y por igual motivo, el alcalde de Aviñonet,
que autorizó el entierro, y el padre de la
criatura fallecida.

Ni siquiera se les ha aplicado la condena
condicional que está en vigor, y que fué pe-
dida por el señor fiscal de Gerona.

Como ya me he ocupado de este asunto,
sólo he de añadir aquí, que siendo orgullo-
so mi mano á esos honrados que están en
la cárcel de Figueras, lo que no haría con el
cura culpable de que estén presos.

Aunque carezco de otras cualidades, ten-
go muy desarrollada la de saber distinguir
de personas.

Y perdónenme los presos el haber llama-
do persona al cura; ha sido sólo para poder
establecer la comparación.

Dicen de Roma que las sobrinas del obis-
po Adami intentan reclamar judicialmente al
Papa las propiedades de su tío, de que se ha
apoderado.

¡Apoderado! Durilla es la palabra tratán-
dose nada menos que del jefe de la cristian-
dad y vicario de Cristo en la tierra.

Si se tratara de un impio, probablemente
se hubiera empleado otra más corriente en
estos casos.

Verdad es que todo viene á parar á lo
mismo; y aquí no es lo peor la palabra, sino
el hecho.

En fin, que se arregle todo sin detrimen-
to de la justicia.

SAN LUIS, ANTICLERICAL

Para ciertas gentes, los anticlericales, los
enemigos de la teocracia, los defensores de
las prerrogativas del poder civil, son unos
impíos. Lo dicen los curas, lo afirman los
obispos, y basta. Sin embargo, nada más
lejos de la verdad. Cuando los católicos po-
líticos, los neos, los vaticanistas presentan
á los anticlericales como enemigos de la re-
ligión, lo hacen para engañar á las gentes
simples, con conciencia de que mienten,
de que faltan á la verdad á sabiendas. Des-
empeñan el despreciable y vil papel de em-
baucadores.

Entre los anticlericales, entre los defen-
sores de las prerrogativas del poder civil,
no sólo hay sacerdotes ilustres, pre-ados in-
signes; hay también santos, que la Iglesia
venera. Puede citarse á San Luis, rey de
Francia, sin temor á ser por nadie desmen-
tido.

San Luis fué uno de los príncipes más
celosos de su autoridad, que jamás consi-
stió en ponerse á los pies del Papado. Esta-
ba el Pontífice Gregorio IX empeñado en
que hiciera la guerra al emperador de Ale-
mania Federico II, su enemigo, y para de-
cidirle á ello llegó á ofrecerle la corona im-
perial para su hermano Roberto de Artois.
«¿Cómo —le contestó San Luis— cómo se
atreve el Papa á deponer á un tan gran
príncipe que no tiene igual entre los cristia-
nos? ¿Qué crimen ha cometido para con
nosotros? Siempre se ha conducido como
buen vecino; lo hemos hallado fiel en los
asuntos temporales como en la fe católica;

y mientras él se exponía á los peligros de
la guerra y del mar para libertar la Tierra
Santa, el Papa, en lugar de protegerlo, pro-
cura despojarlo de su sujeción. No, no
haremos para contentar á los romanos la que-
rra á un príncipe que defiende la justicia. El
Papa sólo quiere someter á Federico para
apartar de sus reinos á los demás príncipes.»

También llamaba á capítulo á los obispos
cuando era necesario y les hacía sentir el
peso de su autoridad. Dice Lanfrey en su
Historia política de los papas: «Desde el año
1235, agotada la paciencia de San Luis por
los odiosos abusos de los obispos de Fran-
cia que, por los más fútiles pretextos y por
los motivos más insignificantes, lanzaban el
interdicto sobre ciudades y provincias ó ex-
comulgaban á los particulares con el fin de
obtener más fácilmente el objeto de su am-
bición, dictó en una orden prohibiéndoles
bajo severas penas toda jurisdicción en
materia civil, y la mantuvo con firmeza
á pesar de las protestas y amenazas de Gre-
gorio IX.»

Y cuando la Santa Sede, declinado su po-
der pontificio, se consagró á allegar dinero y
lanzó sobre los pueblos aquellos exatores
apostólicos que, como refirió Lanfrey, hi-
cieron decir á Roberto, obispo de Lincoln,
«que medían las indulgencias por las plazas
y vendían cruces á los reyes como se vende
un buco, un cerdo ó un canario», San Luis
protestó también contra «las exacciones in-
tolerables con que la corte de Roma había
empobrecido al reino.»

¿Es que ignoran esto los escritores y pro-
pagandistas ul ramontanos? No; no puede
llegar á tanto su ignorancia. Esto —y como
esto otras mil cosas— sólo es nuevo para
las gentes sencillas que esos propagandistas
y escritores embaucan, con conciencia
de que mienten y faltando á la verdad á sa-
biendas. Hagamos a no llamando á esas
gentes sencillas, con la Historia en la mano.
Los hechos se encargan de hacer triunfar
la verdad. Entre el obispo de Tuy y el pen-
samiento moderno, el creyente sencillo pue-
de inclinarse al obispo de Tuy. En re el
obispo de Tuy y San Luis la elección no es
dudosa.

ALVARO DE ALBORNOZ

Irrisón

¡Alegraos, curas y beatas de todas las es-
pecies, calañas y cataduras!

Un periódico abulense, radical, ha abier-
to una suscripción en favor de un maestro
de escuela que está muy necesitado, y en
varios días ha recogido la enorme cantidad
de DOCE PESETAS CON SESENTA CÉNTIMOS.

Si fuese para un báculo, para una mitra,
para una corona de virgen ó para otra cual-
quier calamidad, ¿cómo lloverían los bille-
tes de Banco en los templos de la católica
Avila!

Si, alegraos, neos de todos los matices;
sois la boca que sopla en la luz y la mata.

En Avila lo habéis conseguido. Por eso
tiene fama de muerta.

Dios mediante

En Francia están los obispos absolutamen-
te desenfrenados. Desde la separación, pare-
ce que les pica la tarántula. Y todo es agi-
tarse contra el Estado, contra el laicismo,
que es lo que les pica más; pues con la en-
señanza neutral se les marchan las concien-
cias... y el dinero.

Por publicar una diatriba contra las es-
cuelas laicas, han condenado los tribunales
de Auch: al arzobispo, á 500 francos de mul-
ta, y á varios párrocos, á 50 por barba.

Pueden repetir los ataques; ya saben á
cómo tocan. Y tiren por arriba, tiren por
abajo, el porvenir se les presenta muy negro:
sin juventud á quien exprimir y sin francos
que acaparar.

NOTA. Esto no reza con España, por
ahora; que andando el tiempo, y Dios me-
diante, conseguiremos reventar á la religión
aquí, como en Francia. Y «aínda mais».

Preparando el "monstruo"

Del hombre al "religioso"

Al Excmo. Sr. Nuncio de S. S. en
Madrid y al Ministro de Gracia y
Justicia.

Excelentísimos Señores: Hace algunos
años, á propósito de un expediente canóni-
co-civil que hubo de seguir en esas oficinas,
(al cual el ministerio no ha respondido á
pesar de la formal promesa del Director
General de los Registros, Sr. González
Rothows, á pesar de varias recomendaciones
al parecer inútiles, y á pesar de que S. M. el
Rey llamó sobre ello la atención al minis-
tro), á este propósito ventilóse la cuestión
que aquí voy á debatir. En aquella época el
Secretario de la Nunciatura me disparó
con aplomo que me pareció digno de Meff-
töfles, esta estupenda frase: «la Iglesia no

obliga á nadie á ser católico ni á ordenar
se». Sobre este principio ha debido de fun-
darse la conducta ulterior de esas oficinas.
Y para que el mundo sepa el nivel inte-
lectual que alcanzan los sabios de esos centros
supremos de la moral oficial Española, y la
clase de Ética que profesan, hago este aná-
lisis que les dedica una de sus víctimas que
desde ahora pasa á ser verdugo de sus con-
ciencias, retándolos á que, como hombres y
como seres morales, salgan ante la humani-
dad á sostener públicamente la licitud de
sus teorías secretas.

Y como quiera que el corto espacio no
permite extenderme lo debido sobre cada
una de las afirmaciones que he de hacer,
para cortar los subterfugios de ustedes y
para tranquilidad del lector, me declaro
empeñado á sostener ante tribunal compe-
tente la exactitud de todas y cada una de
ellas que han de ir condensadas en su más
concisa expresión.

Nada hay en la conciencia que no esté
contenido en la voluntad como *afcción*, ó
en la inteligencia como *creencia*. Nada hay
en la voluntad que no haya pasado antes
por la inteligencia: «nada hay en la inteli-
gencia que antes no haya pasado por el sen-
tido (1)». El alma no es más que la confluen-
cia de estos principios subjetivos, llamados
también sensibilidad, inteligencia, volun-
tad y conciencia. Solo se siente lo que im-
presiona; sólo se conoce lo que se siente;
sólo se quiere ó odia lo que se conoce; sólo
se busca ó se huye lo que se odia ó se quie-
re; no sólo en cuanto á los objetos sustan-
ciales, sino en cuanto al modo de apreciar-
los, que depende del modo de conocerlos y
és e del modo de sentirlos y éste del modo
de impresionarnos.

En la múltiple sensibilidad humana y en
la simpatía y comercio de sus órganos, ve-
rificase el fenómeno rarísimo de que el
trabajo psico-cerebral convierte en imáge-
nes ópticas las impresiones acústicas y vi-
ceversa; convierte en presente lo ausente
del espacio y del tiempo, por medio del tem-
por, del apetito, del recuerdo y del cálculo;
y tal fuerza llegan á adquirir estas sen-
saciones *psíquicas*, que frecuentemente y
casi siempre se sienten con mayor intensi-
dad lo *imaginario* ausente, que lo real pre-
sente, pues la conciencia sólo siente lo que
está presente á la *atención*. De esta facultad
atentiva y *destructiva* resulta que el hombre
puede *sustraerse vitalmente* á lo real ambien-
te, distraerle, dolo de ello y absorbiéndose en
sí mismo, y puede *vivir una vida imaginaria*
del pasado (*el historiador*), del futuro (*el vi-
dente*), deducida de la lógica real (*el estadista*,
filósofo etc.), ó del capricho creador (*el poe-
ta*, el artista etc.). La vida que vive el indi-
viduo es la *única* para él; está fuera de toda
adjetivación de *real* ó *ilusoria*, los cuales
adjetivos son relaciones conceptuales y ex-
ternas de aquel estado de vida con otros es-
tados, ó con la vida de otros.

Siendo, pues, esta vida la *única*, y no
siendo más que la conciencia, formada por
la voluntad, ésta por la inteligencia y ésta
por la sensibilidad, *desprende-se clara y ter-
minantemente* que al secuestrar y educar la
sensibilidad del individuo queda secuestra-
da su vida y su alma.

Pero esta alma y vida conscientes pueden
ser secuestradas en diversos grados de su
desarrollo; y como quiera que éste se veri-
fica lentamente y con grandes fases, no
apareciendo la conciencia sino después de
un gran desarrollo de la voluntad y del co-
nocimiento, y éstos no produciéndose sino
después de un gran desarrollo de los senti-
dos y del trabajo asociador de sus sensacio-
nes, de ahí es que, dividiendo en tres pe-
ríodos esta evolución de la personalidad, el
individuo estará secuestrado sin conocerlo,
cuando su secuestro se ha verificado antes
de la formación de la conciencia; y no po-
drá querer ni odiar el secuestro, si éste se
verificó antes de la aparición de la inteli-
gencia; y no podrá sentirlo si se verificó an-
tes de la sensibilidad múltiple y asociada.
En cada caso, su actividad espontánea se
reducirá á adaptarse á su estado.

Hé aquí ahora, el trabajo de la Vieja
Iglesia, compuesta de un ejército de viejos
que han acumulado en sí la habilidad y ac-
tos de los viejos que les precedieron duran-
te dos mil años, sobre el infeliz niño que á
la tierra se siente lanzado impotente, inex-
perto, indefenso, ansiando vivir sin saber
lo que es la vida, pidiendo orientación en
este planeta dentro de la zona vital huma-
na, sin poder huir de los hombres á los cua-
les se halla atado por olajes de muerte que
le impiden volar al cielo como los pájaros,
ó huir al mar como los peces, ó hundirse
en la tierra como los reptiles: es prisione-
ro de los hombres. Los Viejos se declaran
dueños de él: el padre se declara dueño de
engendrarlo; la madre, de concebirlo; am-
bos, de gestarlo; el comaldrón, de estrangu-
larlo; la familia, de nutrirlo; el médico, de
envenenarlo; el maestro, de azotarlo; el
juez, de sentenciarlo; el Estado, de hacerlo
matar ó guillotinarlo; el propietario, de
arrojarlo á la vida errante; la justicia, de
sumarlo á los criminales; la sociedad, en fin,
es dueña de su estómago quitándole el ali-
mento; de su libertad, que puede encerrar
en el hospicio ó en la cárcel; de sus afec-
ciones, que puede ir matando. La naturaleza

(1) Principios de la psicología escolástico-católica.

pone fronteras de muerte á la zona vital humana, convertida en jaula; dentro de ella, el domador social le hostiga con el látigo, con el hambre, con las cadenas todas de afuera... Y ahora vamos á ver las cadenas de adentro.

No ha salido del seno materno, y ahí está ya esperándole la Madrina para introducirlo en el seno cavernoso de la otra Madre la Iglesia, que no pierde momento para apoderarse de su ser vital. Los débiles ojos del niño no resisten la luz del sol que le inunda de tinieblas: la Iglesia lo sabe: en la apacible obscuridad del templo, la primera luz que fijará la pupila del infante será la de la vela: esa luz le acompaña. No ha nacido la sensibilidad térmica y la Iglesia le sumerge en el agua: este frío es el primer aliento que penetra su raquis y que conmueve el centro encefálico. No ha filtrado su piel coloide alguno, y ya lo penetra y se mezcla en su sangre el *crisma*. No despertó su paladar, y se siente provocado por la sal; no se ha abierto su tímpano y sienten los aldabonazos de la Iglesia: *¡Epheptá!*... ¡abrel ¡soy yo! No es capaz de entender y se le interroga y se le hace jurar: *¡creed!*: no es capaz de deliberar, y se le hace pronunciar ya el *¡quiereo... renuncio!*: no ha oído pronunciar su nombre ni el de su madre, y va en busca de la primera célula cerebral acústica, el nombre *«Satanás»*: y así preparado, dice con seriedad orangutanesca la Iglesia: *«¡si esto crees, quieres y renuncias... eres mío á perpetuidad: yo te bautizo...»*

Cuando los padres y padrinos dijeron por el niño: *«creo, quiero, renuncio»*, en lenguaje simiesco que no entienden, la Iglesia les declara que juraron forzar al niño á renunciar, á querer ó creer, por todos los medios á su alcance. Si no cree, no come; si no quiere, lo azotan; si no obra, le atan. Si no cree en la Iglesia, creará en la comida, en el puntapié, en la bofetada, en el odio y amor de los padres; y cuando vea que *creyendo* come, que *queriendo* le miman y que *haciendo* no le torturan, el niño sentirá que es bueno obedecer, querer y creer á los mayores, porque la carne le inspira que los suplicios, los castigos y el furor de los mayores son malos.

Sabe que necesita vivir porque no sabe morir; sabe que el placer es bueno y que el dolor es malo; la Iglesia, por ministerio de padres y padrinos, le enseña experimentalmente que la fe es el placer y que la incredulidad es el dolor, y el niño cree huyendo del dolor y buscando el placer: creyendo, le dejan vivir; rebelándose, le matan; y cree y obedece como obedecía el Papa al Emperador de Alemania, que á cada negativa le arrancaba un ojo: al ver que le habían arrancado uno, con el que le quedaba vió claro que era bueno obedecer para no ser fuerto de ambos.

La fe nacida del odio al dolor y del amor al placer físicos, se convierte luego en dolor y placer moral; el contento de los padres, el aplauso, la satisfacción de sí mismo; el niño cree y la madre sonríe. El niño junta las manitas y reza, y la madre le llena de besos. La fe es buena sin duda: trae los besos y las caricias de la madre. El niño es bueno: ama á su madre; por esto cree y reza y obedece.

La fe se le ingiere diluida en besos, cariños, alimentos, vestidos y juguetes; fuera de la fe, halla el odio, la privación, el harapo, el castigo y la aversión; es una nueva jaula y una nueva zona vital; fuera de ella la muerte del niño y la consunción del ser. ¡La Iglesia no le obliga...! contentase con apretarle la garganta hasta que libremente dice el niño: *creo, quiero, renuncio!*

¿Qué va á querer el niño? lo único que conoce, tal y como lo conoce; lo único que ha sentido, tal y como se le ha hecho sentir.

La Iglesia ha enseñado á los padres á hacer sentir al niño *«a su modo»*. No ha salido de la cuna y ya su cerebro está saturado de impresiones del cielo y del infierno; *«te por el ojo»*. No conoce los niños del vecino y ya está familiarizado con los ángeles y los demonios. En su cerebro se ha creado un mundo fuera de este mundo; sus ojos no han visto más que la aña de la pared, la mosca impertinente, el escarabajo y el mosquito; con ellos forma la imagen del demonio. Vió la estampa y la medalla: de ahí saca los ángeles. Esta es su familia íntima; la madre se la agita en su cerebro; en él vive el niño; no ve más que eso, sólo eso oye...

Está ya *«en grado»* de la tierra: acá tiene su cuerpo; su espíritu está en el cielo y en el infierno; es decir, el ambiente real no ha penetrado en su atención, que ha sido hábilmente distraída. ¿De dónde vienes? Del cielo. ¿A dónde vas? Al cielo. ¿Qué haces? Ganar el cielo. El niño-hombre no existe: vive el religioso. El cuerpo es un órgano que recibe las impresiones físicas; el organismo psíquico traduce á lenguaje religioso estas impresiones. El espíritu religioso es entonces el terror del infierno, el ensueño del cielo, el hábito de creer y de rezar; el niño ha olvidado el origen de estos hábitos; nadie le recuerda el principio y todos le recuerdan el fin; no se le dice *«crees»* para evitar el azote y para dar gusto á la mamá; se le dice *«crees»* para servir y amar á Dios. No se le dice: el miedo y el terror y la necesidad te forzaron á creer; sino que se le dice: *«la fe es un don de Dios»*. Cuando el niño se pregunta *¿por qué creo?*, no dice ya: *«porque quiero correr y jugar»*, sino que dice: *«porque Dios me da la fe»*. ¡Es ya creyente! Antes de sa-

ber pensar, sabe creer. Antes de aprender á andar, supo rezar.

No es hombre y ya es católico; á los siete años es declarado capaz de responsabilidad religiosa; un pensamiento puede merecer de un Dios justo el infierno para el niño; ¡el Dios de la Iglesia es capaz de *«oriarse»* eternamente en el eterno suplicio de aquella criatura!... Y el niño no cree ya en el infierno, sino que lo siente, lo sueña y le llena de terror.

Como se apoderó de sus sentidos antes de ser sensitivo, la Iglesia se apodera de los afectos antes de nacer. Ella despierta la ambición infinita con el trono celestial, el horror á la muerte con el aguijón de la inmortalidad; el apetito rabioso del cielo con el pavor del infierno; su odio á la carne mortal con la ilusión de la orgía paradisíaca; su desprecio al hombre con el prurito de ser ángel. Le explota su voluptuosidad con descripciones de dicha infinita; su pánico, con relatos terroríficos; su credulidad, con juramentos falsos y leyendas mentidas; se agotan sobre él todas las artes de la seducción. La amenaza, el halago, la caricia pífida, la promesa falaz, la mentira paliada... Provócase y fórmasse y exáltase en él el sensualismo psíquico fijando su atención hasta convertirle en manía y obsesión permanentes, y distrayéndole de la observación de la vida. Lo que en la niñez era violencia corporal, en la juventud es artificio sentimental; no escapa una pasión, un afecto ni un sentimiento; no se le deja un momento para reflexionar; el ensueño es la continuación de las impresiones de la vigilia; el joven éste no ha vivido en él un solo momento; la Iglesia ha vivido toda su vida interior, hasta formar por la fuerza impulsiva del hábito esta *«segunda naturaleza»* y este *«espíritu emigrado»* de la realidad.

No en vano la Iglesia ha vivido dos mil años, y no en vano el individuo es nuevo en la tierra. Aquella sabe que el niño pasará á joven, á mozo y á viejo; el joven que corre á la vejez no sabe en qué consiste ser viejo, ni el niño sabe qué es ser joven; en su inexperiencia y obsesión, cree éste en la fijeza de su personalidad; ignora los cambios de voluntad, de conciencia y de organismo; no ha aprendido que cambiando el tamaño del cuerpo cambia el volumen de las cosas sensibles... La Iglesia lo sabe, y hé ahí la gran clave, mejor dicho, la clave infame de su trabajo.

En el niño procura prevenir el asesinato del joven y en el joven el asesinato del hombre. Cuando surjan la pubertad y el espíritu del joven en el cuerpo, el niño sabio responderá por sugestión de la Iglesia á la llamada de la carne: *«te conozco... eres el diablo...»* Cuando la juventud impulse el corazón á la mujer y á su hermosura, el niño sabio sabrá á sobreponer á la hermosura óptico-física de la mujer, el horror de la imagen óptico-psíquica del diablo, y en la pupila se dibujarán sobre la impresión de la frente de cielo de la doncella, los cuernos del diablo; sobre el placer juvenil el niño proyectará esa tortura infernal, y el joven morirá y será enterrado por aquel niño adiestrado en el asesinato suicida.

Y si el joven, con algún arrebató impetuoso se apodera del organismo y arrastra dentro de él al niño á aguantarle la capa para su placer, ahí está el *«eclesiástico»* forjando infiernos, suscitando padres, evocando muertos, haciendo estallar en hoguera los diablillos metidos en las células cerebrales, entallando esta llamada lucha de la conciencia, que no es más que la lucha de las tensiones musculares impulsivas del pasado contra la provocación del presente y contra el estallido de esta conciencia, hasta entonces latente en la vida.

Triunfará acaso el joven, y al cesar su impulso resurgirá el niño con las baterías teológico-místicas de los propósitos, de las máximas y del remordimiento; y el joven será envuelto en la vergüenza y quedará convicto y confeso de ser extraño á aquel ser; venido por asalto y filtrado del tro de él por arte diabólico; y el niño verá en el joven su enemigo y sentirá su carne poseída del demonio. No se conoce. La Iglesia no deja tiempo de reflexionar y de estudiar. Ella está pegada al oído y á la conciencia, murmurando: *«es el diablo... te lo había dicho... el ladrón que viene á robarte el cielo...»* El niño no sólo lo cree y no sólo lo siente: *«ya lo sabe»*. La Iglesia no fuerza á nadie á la moda del tigre y del león: *«empuja»* á la moda de la Tenia.

S. PEY ORDEIX

Dos clases de ladrones

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado.

En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener á su familia.

Pasado la vista por esa sala en la que horriguea el público; en ella el rico va á juzgar al pobre.

Fijáos bien. Ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una hora, mira distraídamente al hombre, que está llorando; lo envía á presidio, y él se marcha á su casa de campo.

El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo: *«¡Es justa la sentencia!»*

Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos al cielo desde el fondo de la sala.

VÍCTOR HUGO

DIVAGANDO

Dos infelices de esos que se dedican á cristianizar sacerdotales libreros de la impedimental señalada por Jesucristo como obstáculo para entrar en los cielos, robaron (es un término clerical que me permito usar para dar cierto colorido á esta narración), robaron en San Sebastián de Guipúzcoa un reloj de oro al digno sacerdote D. Felipe Maiztegui, cuando salía de un convento.

Convengamos en que los santos no anduvieron muy listos en avisarle y prevenirle, y en que, sin las autoridades y algunos transeúntes, la alhaja habría desaparecido de su vista para nunca más volver.

Pero no es este mi asunto. ¡Atención! Si yo fuese ministro de aquel que condenó el lujo y todas las vanidades, procurar á seguir sus máximas, cumplir sus preceptos é imitar su conducta.

No llevaría reloj; me conformaría con medir las horas por la dirección de los rayos solares; y en caso de llevarlo, no sería de oro, sino de níquel, de esos que venden en las casas de préstamos á cuatro y cinco pesetas, marchando y sobre seguro.

Si por casualidad algún devoto (que los hay, y la casualidad existe, ó se la busca religiosamente) me hubiese regalado una máquina horaria de ese preciosísimo meta, yo la repugnaría recordando las palabras del Maestro: *«No llevéis zurrón ni báculo»*. De relojes no hablo, porque los de su época estaban pintados en los muros y no era cosa de llevarse los en los bolsillos; pero se sobreentiende.

Y si en un momento de ofuscación hubiese aceptado el regalito, áncora de perdición ó cilindro aplastador de mi virtud, se lo habría dado al primer pobre hallado en el camino, desprendiéndome de una vanidad mundana, que pesa mucho en la balanza del arcángel San Gabriel, ó del que esté de turno cuando yo me muera; y al mismo tiempo hubiera salvado á un hombre de la desesperación y acaso del crimen, como hizo el monseñor Bienvenido de Víctor Hugo con Juan Valjean.

Esto hubiera yo hecho, hallándome en el caso del digno sacerdote D. Felipe Maiztegui. Y no hubiera reuelto á la justicia de la tierra para que condenara á dos hombres y los echara á la cárcel, donde se endurece el corazón.

Confiado y tranquilo esperaría en otra justicia más alta, siendo eutretanto, como Jesucristo, manso y misericordioso. Quizás habría dicho á esos robadores de relojes clericales, como los llaman por ahí: *«Tomad de este otro bolsillo la tabaquera de oro que os habíais dejado... Y dadme un par de bofetadas para apresurar mi entrada en la Gloria»*.

Si esto les hubiera dicho, siendo cura. Pero, como no lo soy...

B. P.

Perseguidos por la muerte

¡Delicioso lugar y encantador refugio este de Madrid, donde al inicuo Felipe II se le antojó poner la corona de España y el cetro de Castilla! Hubiera llevado la corte á Lisboa, y hoy Portugal formaría parte de nuestra nación y no hubiéramos dejado de ser potencia marítima, y no hubiéramos dejado de mirar á América; la hubiera llevado á Barcelona, y nuestra influencia en el Mediterráneo hubiera dispuesto los sucesos de nuestra historia de otro modo; la hubiera llevado á Sevilla, y no tendríamos en Marruecos el triste y mermado papel que hoy nos dejan. Por los cuatro puntos cardinales había orientaciones de expansión y grandeza para España, y aquel misero, cuya garra de tigre va clavada todavía en el corazón de la raza, se reclinó en el centeo, entre cerros y breñales, como cobarde que se esconde, lejos de todo contacto exterior. No le agradaron las pardas llanuras de Medina y Tordesillas como á su bisabuela Isabel. Su conciencia de bandido no le permitía reinar en campo abierto y se encaramó Guadarrama adelante, con sus picachos nevados con sus penascos mondos y adustos, estériles y duros como su alma, y aquí puso la corte.

Esta corte es, no ya la ciudad de la muerte, sino el matadero de España. Por que cada día, en los trenes que llegan del Norte y del Mediodía, de Levante y de Poniente, vienen á Madrid doscientos ó trescientos provincianos en busca de trabajo ó de porvenir. ¡Y Madrid los devora! Si los provincianos dejan de venir, si la población de Madrid no se nutre con este contingente de forasteros, en veinte años quedaría la capital despoblada por la muerte.

He aquí el dato aterrador que lo prueba: En el mes pasado han muerto en Madrid 238 niños menores de un año y 244 que tenían de uno á cuatro años. En cambio de cinco á quince años sólo han muerto 84. De modo que Madrid es un ogro enemigo de los niños. Son muy pocos los nacidos que

pueden resistir en el primer año de vida este clima de crueldades y violentas mudanzas, estos focos de infección que hay en cada calle y en cada casa, esta falsificación de la leche y de los alimentos, esta misérrima vida en la que cada duro, para ganarlo, vale cinco, y para gastarlo vale dos pesetas. Y los que logran vivir el primer año, van cayendo luego hasta los cuatro años, perseguidos, acorralados por la muerte implacable. El mes pasado han muerto 482 niños menores de cinco años. En diez años esa cifra representa una población de 50.000 almas. ¡Ya veis lo que Madrid devora! Venimos de provincias incautamente, abandonando toda la deliciosa mocedad, dejando el goce de pueblos sanos, de aldeas floridas, de campos verdes, trabajamos aquí bestialmente rindiéndonos á las más egoístas explotaciones, constituimos un hogar, y luego nuestros hijos, única recompensa que alcanzamos, se nos los llevan al cementerio, uno á uno, en cajitas blancas, festoneadas con cintajos azules ó cintajos rosas, ocultando entre unas flores mustias la dulce carita que no volverá á sonreírnos.

Y luego, apenas salvados de esa brutal selección que Madrid realiza con nuestros niños, helos aquí expuestos al contagio del tifus y de la gripe y de la tuberculosis, y más tarde solicitados por todos los riesgos de la vida viciosa y holgazana, y por la vacuidad de este ambiente donde todo talento positivo estorba para labrarse un porvenir, donde las apariencias se valoran como realidades, y donde el único oro que se cotiza es el de la baja y liviana adulación.

¡Ah, jóvenes provincianos! Si en vuestra ciudad ó en vuestra aldea os queda un modesto destino ó un trabajo humilde; si no os morís materialmente de hambre; si no padecéis otro mal que la inquietud de ilusiones insaciadas, no vengáis á Madrid. Aquí no hay glorias que ganar ni fortuna que rendir que valgan la pena, y en cambio miradnos perseguidos y acorralados por la Muerte

DIONISIO PÉREZ

REMITIDO

Sres. D. Miguel Moya, diputado á Cortes.—Julian Nogués, ídem ídem.—Roberto Castrovi, director de *El País*.—Alfredo Vicenti, íd. de *El Liberal*.—José Nakens, íd. de *El Morfín*.

Muy señores míos y de mi mayor consideración, respeto y simpatía: Este servidor de ustedes, que en un principio sólo puso atención en la parte ó aspecto político, tanto interior como exterior, del negocio ó asunto de la escuadra, ha examinado después lo que del expediente de concurso y adjudicación ha dado al público el Ministerio de Marina (2.ª edición de los «documentos relativos etc.»), y con sorpresa y sentimiento ha hallado allí lo que á continuación expresa:

En primer lugar, la Sociedad Española de Construcción Naval ha hecho en su proposición ó la afirmación de que, «Si el gobierno ó S. M. renuncia á estos mamporros (los llamados de explosión), y se reduce la velocidad (de 19 1/2) á 19 millas, podrán los acorazados llevar el total de carbón necesario para un radio de acción de 5.000 millas con el desplazamiento normal». Y tal afirmación, á la que se ha dado carácter de proposición formal (alternativa), y que por esto ha dado á la Sociedad derecho y título á competir en el concurso, porque sabido está que la otra no llenaba, ni pretendía llenar, las condiciones de él, no solamente no está justificada, sino que el proyecto de buque á que conduce por el mismo camino indicado por los señores Vickers, es el *«menos admisible»* de cuantos han figurado en el certamen de que se trata, pues adolece de un defecto capital para el que no puede haber la menor indulgencia.

En segundo lugar, como no es á personas como ustedes á quienes haya que enterar de que los ministros de la Corona disentan unos con otros en sus Consejos, y con diputados y senadores en las Cortes, mas no con los funcionarios que les están subordinados, na la he de decirles de la gravedad que tiene el hecho de que el de Marina, al formular ó para formular la propuesta de una adjudicación provisional ó condicional, esto es, cuando el expediente tenía que volver, como volvió, á los centros ó juntas informantes, haya producido en son de informe suyo, personal, una violenta é impremeditada refutación de los votos particulares, que, fuera ó no fuera tal la intención del señor Ferrándiz, ha asumido carácter y tenido efectos de severo apercibimiento por lo pasado y para lo futuro.

Y finalmente, el aludido informe del ministro de Marina es tan desacertado, tan contrario á lo que sobre los puntos de que trata se halla notoriamente establecido, que, desechando lo que pueda ser discutible, sin rebuscar mucho, y haciendo mereced de otras afirmaciones inaceptables, de esta clase de ellas está dispuesto el que suscribe á señalar más de una docena.

Qué es lo que se deba y se pueda hacer en vista de lo expuesto, ustedes lo saben, seguramente, mejor que yo. Yo alivio la pesadumbre de las consideraciones á que dan lugar los hechos apuntados compartiéndola

amigo personas como ustedes. Ustedes serán lo que más convenga al bien público. Por mi parte, para que no haya lugar a confusión, duda ni equívoco, he de manifestarles que me tienen a su disposición para demostrar dónde y ante quien sea necesario u oportuno lo que sigue:

1.º Que, sin embargo de que de los dos proyectos que se supone presentados por la Sociedad Española de Construcción Naval, uno era el que, entre todos los que han figurado en el concurso de escuadra, se apartaba más, y otro el que se apartaba más gravemente de las bases establecidas, dicha Sociedad ha podido entrar, permanecer y competir en él, y obtener la adjudicación, med ante una alegación falsa: la de que el segundo de dichos proyectos llenaba las condiciones exigidas; y una ocultación u omisión interesada: la de datos y requisitos que el concurso exigía, y que habrían demostrado la falsedad dicha.

2.º Que el ministro de Marina ha introducido en el expediente de adjudicación un trámite indebido, o, si se quiere, dado forma indebida a un trámite a que él se creyó en el caso de proceder personalmente (razonar su propuesta), de lo cual han resultado, a favor de los proyectos de la Sociedad dicha, efectos coactivos que se han hecho visibles y aun palpables en los posteriores informes de los centros o juntas de dicho ministerio, y sobre todo en la determinación tomada después de dos, de los tres autores de votos particulares, que no se habían, por decirlo así, revotado.

3.º Que técnicamente el informe mencionado o aludido, del mencionado ministro, es una desdicha que, en persona tan competente, no tiene explicación como no sea la de hallarse sugestionado por las llamativas mejoras que, a cambio de deficiencias o imperfecciones más o menos perjudiciales, ofrecía el que podemos llamar único, proyecto presentado por los señores Vickers.

Y 4.º Que, siempre y de todas maneras, la adjudicación definitiva, hecha sin el detenido estudio que exigía, constituye o ha sido temerario salto en el vacío, que puede hacer estériles los grandes sacrificios impuestos al tesoro nacional, y comprometer o amenazar seriamente por diversos conceptos la seguridad o la vida de los tripulantes de los buques que con estricta sujeción a lo acordado lleguen a ser construidos.

He ahí lo que quería decir a ustedes. Y como personas que jamás han desertado de la causa del pueblo y del país, seguramente harán lo que a estos convenga, y si poco o nada hiciesen en este asunto, sería porque no hubiera posibilidad material de otra cosa, nada tiene que añadir el que de ustedes es seguro y atento servidor que sus manos besa

EMILIO RUIZ DEL ARBOL

P. S. ¿Está claro, como suele decir el P. del C. de Ministros?

Justicia moderna

Una vez más, los hechos corroboran la idea que tenemos algunos acerca de la Policía y los jueces. Esta idea se ha confirmado en el «último crimen misterioso». Contra la creencia de las gentes sencillas, ni la misión de la Policía es aprehender a los delincuentes ni la de los jueces probar la culpabilidad de los detenidos. La justicia, tal como la entendemos los hombres de hoy y tal como ella se produce, es algo muy diferente a lo que se imagina el vulgo. Mil hechos comprueban este error.

La Policía nunca aprehende a los verdaderos delincuentes. La Policía cumple el fin para que fué creada con detener a cuantas personas se le antoje y con entregar estas personas a los jueces. A ella no le importa ni le interesa que el detenido sea delincuente o resulte inocente. Poner las cosas en claro, en su punto, es negocio de los jueces. Los jueces, por su parte, tan pronto como tienen enfrente a un detenido, no se paran en escrúpulos y contra él amontonan todos los cargos. La misión del juez es dar por seguro que la persona que tiene delante es criminal. Para él esto debe de estar fuera de toda duda. Detenido un hombre, es asesino, si se busca al autor de un asesinato; es ladrón, si se persigue al que cometió un robo, o es estafador si realizó alguna estafa o personaje a cuyo alcance anda la Policía. La Policía, como el juez, está segura de tener en sus manos al delincuente. Al detenido es a quien le corresponde demostrar su inocencia.

Así, nuestra Policía y nuestros jueces de hoy no se parecen, ni por semejas, a la Policía y los jueces de antaño. Antes, la Policía investigaba, y luego de reunir una buena suma de datos acusatorios contra un hombre, lo detenía. Los jueces, un poco después, demostraban su delincuencia, y el negocio quedaba resuelto. Y ahora no acontece nada de esto. Cometido un crimen, la Policía detiene a cuanta gente le parece, sin nada que justifique su detención. Si son inocentes, no hay duda—piensa ella—se le pondrá en libertad. Y ya en mano de los jueces, los de-

tenidos tienen que probar su inocencia, darle algunos datos a la Justicia para que conozca a los criminales, y esperar tranquilamente a que aparezcan para recobrar la libertad y la honra.

Como se ve, pues, no es muy grave ni muy peliaguda la misión de juez o de policía. Más se necesita para ser inocente y saber probar la inocencia ante los representantes de la Justicia. La tarea de la Policía se reduce a detener a todo el mundo para entregarlo a los jueces. Y la de los jueces se resume en dudar del delincuente a todo detenido hasta que éste pruebe que es un hombre honrado e indique dónde se oculta el criminal, cuál es su nombre, qué edad tiene y cómo será posible aprehenderlo.

GUSTAVO

BOCA DE FRAILE

Se está tramitando en el Consejo de Estado una petición que hace el príncipe don Carlos de Caserta, sobre aumento considerable de la pensión que cobra su hijo primogénito.

Pronto la verá ese tribunal en pleno y tendrá que resolver atendiendo a los votos particulares que formularon en contra los señores Urzáz y Aguilera.

Les acompañan los votos de casi todos los españoles, que estamos más para bizmas que para pláticas en estos momentos de angustia, cuando amenaza una nueva guerra con arrebatarlos el miserable peculio salvado en las colonias.

Considere el príncipe que su hijo ya tiene bastante con la pensión actual para comprar juguetes, y que muchos hijos de padres españoles carecen de pan y no se lo piden a ningún Consejo de Estado. Y eso que el pan es legítimamente suyo.

Suposición gratuita

La Democracia de León supone que el obispo de la diócesis ignora que en el pueblo de Sorribos vive un acaudalado indiano cuyo alcance intelectual está en razón diametralmente opuesta al de su bolsa.

Y supone también que no sabe que el cura, a más de su ministerio, ejerce de curandero por la comarca, habiendo adquirido entre cierta clase de gente fama de milagrero y entendido, puesto que con hierbas, agua y latines dicen que cura mejor que los médicos.

Y supone, por último, que no ha llegado a su noticia que dicho ministro del Señor ha persuadido al indiano y a su esposa, de que la hija única que tienen se halla poseída de los malos, o sea de los demonios, y que, para sacárselos del cuerpo es preciso exorcizarla, habiéndose dirigido en consulta al cura de los Barrios de Gordón, sobre si procedería que el que ha de perpetrar la operación fuese el párroco de la misma u otro sacerdote, y si sería cosa de consultar con el obispo esta duda.

Todo eso supone La Democracia. ¿Mas no pudiera engañarse, y resultar que su ilustrísima lo sabe todo, pero que no lo remedia, porque nada gana nuestra sacrosanta religión con sacar a la vergüenza las faltas de los virtuosos sacerdotes?

Si ese cura no escribe en ningún periódico, único crimen que los obispos persiguen, ¿por qué tomar determinación alguna contra él?

Que se las busque como pueda, siempre que no ponga la luz sobre el celemin.

Padres y Madres

Padres y madres con tocas, velos, sotanas, capuchas y cerquillos. Padres y madres que todo lo gobiernan, en todo influyen, todo lo invaden: el matrimonio, el hogar, el colegio, las leyes, la conciencia, la Prensa, el libro y la tribuna. Y ¿qué pretenden esos padres y esas madres? Pretenden y consiguen matar y aniquilar la paternidad y la maternidad. Pretenden y consiguen sustituir esos seres coronados con la diadema del amor fecundo, por otros seres fríos como el egoísmo, crueles como la tiranía, infecundos como el odio y la envidia.

Las madres y los padres reverendos, para diferenciarlos de los verdaderos, son los que en primer lugar quieren llevarse para la castidad profesional y absurda lo más florido de la juventud; son los que con el señuelo de azucenas místicas, imágenes encantadoras, narraciones fantásticas de Conzagas y Teresas y toda clase de ardid, alarman imaginaciones, reclutan gentes hipnotizadas y res a fuerza y vibraciones a la familia, a la fecundidad, a la vida... Son los que soportan la generación humana como una necesidad humillante y castigo del pecado original, y por eso no reconocen más aureola honrosa que la de la pureza más o me-

nos ficticia, más vestidura regia que el simbólico manto azul, ni más virtud digna de los altares que la virtud angélica, con alas de paloma, estrellas plateadas y nimbos sonrosados. ¿Que todo eso deja a lo mejor al descubierto fondos tenebrosos de corrupciones inenarrables? Es mucha verdad, pero mientras tanto sigue la poética guerra a la fecundidad legal, franca y honrada. ¿Que exista... sin corona, sin estima, sin respetos; que deje la religión de la luz y de la gloria y el poder para los padres y las madres espirituales!

España se ha poblado de colegios religiosos, y todos nosotros nos hemos preguntado muchas veces: ¿qué se hace en esos colegios? Y nos lo hemos preguntado serena e imparcialmente, porque hemos visto salir de ellos una pléyade de jóvenes completamente ineptos para todo. Ayunos de ilustración, aun la más rudimentaria, faltos completamente de esas condiciones de carácter que sirven para las luchas de la vida y sacan incólume el sagrado depósito de la honradez y la bondad, sin la costumbre de atender a la higiene y a la limpieza, hechos, en fin, una verdadera lástima como hombres y como ciudadanos. ¿Qué se hace en esos colegios? Hemos vuelto a preguntar, y cualquiera bien informado puede contestarnos: Lo que se hace es matar la familia, desprestigiar la paternidad, sustituir el amor de los padres y de los hermanos con otros cariños y con otros respetos, hacer que hasta los nombres de padre, madre y hermano se quiten a los que han engendrado y tienen la misma sangre y viven reunidos al calor del hogar.

Los del colegio son los santos y venerables y perfectos; los de casa fuman, leen periódicos, van al teatro, rien, abrazan, besan y no visten sotana ni rezan el breviario, ni hacen meditación, ni llevan el ro-ario en las manos, ni aparecen en el reclinatorio de la capilla elevando los ojos y con todo el aspecto del éxtasis estático.

Los padres son los del colegio. Los otros, todo lo más, son torpes imitadores de éstos.

Allá va el inmenso ejército de padres con bonete y de madres con toca a formar familias que ellos llaman cristianas, y son los matrimonios hechos con hombres y mujeres que no convinieron para el convento y quedan en calidad de legos de puertas afuera; matrimonios en los que ante todo y sobre todo está prohibido el amor, ¡qué abominación!, el amor humano con sus arrebatos, con sus exclusivismos, con sus deseos de independencia. ¡Dios nos libre! No, allí hasta los abrazos están reglamentados, dirigidos y contados por el padre y la madre que están dentro, los que merecen el nombre y la autoridad de tales padres.

Allí ya se sabe que los frutos del matrimonio son de la Orden protectora: llevarán el nombre que impongan el Padre Superior o la Madre Abadesa. Se educarán, claro es, en el colegio, sin roce con el mundo pecador. Si tienen condiciones apropiadas, vestirán el santo hábito, y si no las tienen podrán formar otro hogar católico para gloria de Dios.

Así la gran figura del padre y de la madre, esa figura hermosa que nadie se había atrevido a empujear ni discutir, queda ante nuestros ojos hecha un guinapo informe, sin belleza, sin dignidad, sin prestigios, sin autoridad, pisada por el fraile y por la monja, que son hoy ¡los padres y las madres!

PEDRO CRESPO

Cada vez que cualquier desdichado desator del catolicismo reconoce sus errores en un día en que le roe las entrañas más que de ordinario su hambre veterana, echan los clericales las campanas a vuelo, y hacen perfectamente: redimen un estómago y envilecen un alma; crean un vividor y matan un hombre.

Y de los brutos y de los degradados se forman las masas clericales.

Distingos y afirmaciones

—El suicidio es un pecado según la Iglesia?

—Mortal de necesidad.

—El que se suicida, ¿puede ir al cielo?

—Ni aun comprando billete de primera clase.

—¿Usted es católico?

—No me ha dado por ahí.

—Ya se conoce. ¿Usted no sabe aquello de «ardo en el hielo», «me enfrió en el fuego», y otras cosas parecidas, otras antitesis, paradojas, enigmas, logomaquias, con que los místicos conseguían pasar el tiempo y conciliar lo inconciliable?

—Yo sólo sé que dos y dos son cuatro, que el pan es pan, el vino vino y que el que se suicida va de cabeza al infierno.

—Pues sepa usted que en Barcelona, un hombre, un católico, un cristiano, ha conseguido suicidarse y no pecar, por lo que a estas horas tendrá su parte de gloria reservada en el Paraíso.

—Explíquese usted.

—Sencilísimo. El buen hombre, que sin duda era de la madera de los fakires y un especialista en cirugía, se hirió artísticamente, calculando con precisión el tiempo que la herida tardaría en matarle, para tener espacio y calmosidad suficientes a confesar el pecado cometido y ganar el cielo en un periquete con la salvadora absolución.

—Si que es alambicar. ¿Y qué dicen los curas a eso?

—Como ellos también alambican, y sacan la quinta esencia de todas las cosas en el gran laboratorio del Vaticano, echarán un velo sobre lo sucedido y ¡a vivir!

—Pero, ¿y el cuerpo, qué hicieron del cuerpo? Me refiero al del suicida.

—No sé. Lógicamente, como era mixto de ortodoxo y heterodoxo, debieron partir el cadáver por la mitad y enterrar una parte en el cementerio católico y la otra en el cementerio civil.

—Habría sido una profanación horrible.

—Que cometieron reiteradamente en las guerras carcundas.

—Veo que está usted de broma. Abur.

—Que la Virgen le acompañe, amigo.

LA PIA ALMOINA

Los periódicos de la corte, entre el farrago de sus noticias y artículos, han barajado estos días esta palabra de *Pia Almoína*, que a sus lectores no les ha dicho nada, y, sin embargo, encierra su importancia como síntoma de apetitos clericales y argumento de abusos eclesiásticos.

Por esas provincias de esta bendita tierra de España existen desparramadas muchas cuestiones como las de la Pia Almoína, donde se barajan crecidas rentas y se clavan las dentelladas de curas y obispos que es un primor, haciendo rajatabla de los pactos de instituciones benéficas y despojando a los pobres con una frescura y cinismo que Dios les conserve y aumente, ya que aquí tienen patente de corso para hacer cuanto les viene en gana, sin que haya nadie que les vaya a la mano.

La Pia Almoína de Lérida es una institución benéfica, formada con los diezmos y primicias que cedió el Conde conquistador para alivio de los pobres. Fué creada allá por el año 1163, y mangoneada por el obispo y los canónigos siempre que han podido, los cuales deseaban ahora obtener el patronato de la fundación con menoscabo de los derechos de la ciudad. Como siempre que el clero mete mano en una fundación benéfica los pobres salen perdiendo, y el cabildo de Lérida, durante mucho tiempo, invirtió las rentas en crear becas para el Seminario, escuelas de cantores en la Catedral, en dotes para monjas, etc., etcétera. Cuando en 1842 se realizó la desamortización, los bienes de la Pia Almoína fueron comprendidos en los inventarios; el cabildo calló, y se salvó todo, gracias a las entidades o personas que demostraron que las rentas estaban destinadas a beneficencia o instrucción pública. Si hubiera que haberse fiado de los canónigos, la Pia Almoína no existiría ya, pues para conservarla nada hicieron; en cambio supieron ocultar la casa que hoy sirve de Gobierno militar y los veinte mil jornales de tierra que constituye el término de Montagut.

Cuando la Junta de rentas de la provincia decretó la excepción solicitada y ordenó se diese entrega real de los bienes a los representantes de las Juntas de beneficencia o instrucción, los canónigos protestaron. Salvados los bienes de la desamortización, los canónigos pidieron se les devolvieran, a ellos que nada habían hecho para su defensa; pero una Real orden de 9 de Febrero de 1848 confirmó lo hecho.

Desde entonces los canónigos y la ciudad de Lérida han estado a la greña sobre esta fundación, hasta que hoy de nuevo se ha conferido el patronato de esta fundación a la Junta provincial de Beneficencia. Pero los canónigos amenazan con hablar y decir cosas muy gordas. Es el eterno sistema de estos acaparadores de últimas voluntades.

Si pudiera hacerse una investigación en España de todos los bienes legados por personas caritativas y que hoy están detentados en manos del clero, nos quedaríamos asombrados de la inmensa riqueza que estos vampiros trasladan al abismo de sus bolsillos. Raro es el pueblo, aldea, ciudad, villa o caserío donde no existan fundaciones benéficas con destino a los pobres; los fundadores, mal aconsejados e impulsados por su buena fe, creyeron que dejarlas en manos civiles era condenarlas a desaparecer y las pusieron bajo la égida clerical, confiando en la conciencia y en la religión de sus confesores y testamentarios.

Pero estos han engordado siempre a costa de los bienes que estaban bajo su patronato: los pobres, los huertanos, los enfermos y las rondas se han quedado sin los socorros, y si algunos perciben hoy en día se debe a que el patronato de la fundación está en manos laicas.

¿Quién se ha comido en Madrid los bienes del hospital de San Juan de Dios? ¿Quién puede decirnos las misteriosas filtraciones de la Obra Pia? ¿Dónde están los bienes y ventas de los hospitales de italianos, irlandeses, Plateros, de Santa Catalina de los Donados, de Santa Lucía, y de los Niños

docuinos? ¿Qué se ha hecho del hospital de la Latina? ¿Qué del asilo, hospital y refugio de la Buena Diez? ¿Quién se come las rentas del rico y grandioso hospital de Montserrat, creado para catalanes, valencianos y aragoneses? ¿Quién se chupa las enormes rentas del hospital de presbíteros madrileños? ¿Dónde los bienes de la archiepiscopado de Nuestra Señora de Gracia? ¿Dónde los de la congregación del Recado Mortal? ¿Dónde los cuantiosos de los disciplinantes de las bóvedas de San Ginés?...

No acabaremos nunca. En Roma existe una fundación riquísima para españoles pobres, que se comen cuatro curas bigardos. Lo mismo sucede con algunas becas del colegio español de Bolonia.

Aquí en Barcelona apenas hay calle de la ciudad antigua donde no exista una capilla, ó casa con fin benéfico para todos los oficios y gremios, que se están chupando los cuibrones del palacio episcopal. Existen capillas y oratorios cerrados á piedra y todo, con rentas para limosnas y fines benéficos, que se guarda el obispo. Algunos, como el del Espíritu Santo, están en manos de una mujer que dedica la Iglesia para sus faenadomías, se come las rentas á medias con el obispo de una congregación de *listerados*, y no hay quien la echo de allí. ¿Qué gatupetios clericales no sabrá aquí la tía, cuando ningún obispo se atreve con ella, ni pueden sacarla de allí!

Existe también un vetusto caserón, destinado por el fundador para hospital de curas, y que habita sólo el rector con tres lindos jóvenes. Allí no hay camas, ni médicos, ni medicinas; existen buenas fincas rústicas y urbanas destinadas para el sosten de los enfermos *imaginaris*, y era de ver con qué afán el oficioso cardenal Casañas y el rector se repartían el vino, frutas, cereales, aceite, y rentas del hospital, mientras por las calles de la ciudad andaban siempre diez ó doce curas pidiendo limosna y muriéndose de hambre.

Esto que he referido de Madrid y Barcelona, es común á todas las ciudades y pueblos de España, que es un sembrado de instituciones benéficas que se comen los patrones, cuando existen legados suficientes para suplir casi toda la miseria nacional.

Toda la península española está llena de Pías Almojinas como la de Lérida; el clero se desvive por administrárlas, y bien sabe por qué. A medida que han crecido las fundaciones benéficas, han crecido los pobres: los fundadores tiraron su dinero al mar al ponerlo en manos eclesiásticas.

Y mientras tú, pueblo español, eterno desorelado y paria entre los parias, beas la mano del cura y reverencias el hábito del fraile, ellos te meten a mano en el bolsillo, y después te echan a la calle el hospital, el asilo y el refugio donde pudieras haber acabado tranquilo tus días merced á los buenos corazones.

Sigue unido al carro del clericalismo y besando las cadenas con que te oprime, quél se encargará de dejarte sin pan y sin honra.

Lo tienes bien merecido.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Julio 1909.

EN LA MESA DEL CAFÉ

Siempre que puedo viajo solo. Siempre que puedo ando solo por las ciudades. La compañía de esos amigos hallados casualmente á través de los viajes es una cosa perfectamente insípida. No dejan pensar, no dejan libertad de acción, no puede uno disponer de sí mismo y de sus gustos.

Al revés de mucha gente, yo sufro más aburrimiento, en la mayoría de los casos, cuando voy de paseo con otro señor, que cuando paseo solo. El que se aburre en la soledad es indudablemente tonto; es que no tiene nada que contarse á sí mismo.

Tres noches seguidas me he sentado en la misma mesa, allí en el fondo del café, indiferente á los bailes y pantomimas del escenario. Buscaba, en el barullo, un aislamiento para hablar con mis esperanzas y con mis tristezas. He oído, como encerrada lejana, los ruidos del piano, y he visto á través de una atmósfera azulada y caliente una muchacha vestida de bailarina andaluza, saltando como un monigote sobre las tablas del lado opuesto.

A cada escena ha precedido la aparición de un hombre grande anunciando á voces lo que se iba á representar. En seguida salían dos niños muy chiquitines, rompiéndose los huesecillos á saltos y echando los pulmones por la boca. Más tarde se retiraba el hombre á ejercer desde una mesa, donde había varias copas, el penosísimo trabajo de director...

La última noche he dado vueltas por el café sin tener dónde sentarme. El voraz público pedía con el enorme derecho de sus veinticinco céntimos, que bailase otra vez más la pobre muchacha. Un pataleo tabernario, un s voces de locos, algo semejante en lo brutal á la bárbara fiesta de toros, un espantoso ruido de platillos y cristal exigían la repetición.

Entonces he aparecido de nuevo el hombre sobre el tablado y ha hecho callar á las gentes, gracias á su penoso trabajo de director y á la orden terminante de que bailase la pobre criatura hasta reventar.

Nunca había hallado una silla tan cerca

de la escena como entonces. Desde tan lejos como ha estado otras veces, la muchacha chita del baile, la escena bárbara de aquellos pequeños, había pasado casi inadvertida para mí, á causa de la niebla por el humazo y las respiraciones, y efecto, á la vez, de la tremenda miopía que me sufro. Pero entonces apareció la bailarina casi encima de mi cabeza.

El pianista volvió á cencerrear, y la gente, satisfecha, calló por encanto. Era una muchacha con la melena rizada y caía; unos ojos que reverberaban como las chispas verdosas de los cables en la obscuridad lejana de la noche, y una boquita como una florecilla roja. Arqueaba los brazos de una blancura luminosa, con una gracia original, dejando ver la línea curva de su pecho juvenil al echarse hacia atrás en el contoneo flexible de la danza...

El cansancio la tenía roja y débil, y á pesar de esto, la boquita de labios finos seguía riéndose hacia el público, que de vez en cuando la echaba propósitos repugnantes...

No sé por qué sentí que fuese aquella última noche. Era insignificante todo aquello, envenenaba la atmósfera, daba lástima el ver á los niños ganar el pan y asco ver á los hombres vivir de los niños, y, sin embargo, me pesó en el alma haber pasado las otras noches en el extremo del café.

Poco sabía de aquella muchacha fina y esbelta, que humilde y voluntario se dejaba la vida lentamente, un poquito cada noche, sobre los tablados indecentes de los cafés. Aquella risa dulce, resignada, aquel resplandor verdoso de sus ojos magníficos, toda aquella naciente juventud, gesto triste, de buena, que me la presentó desgraciada y su vida, me conmovieron muy adentro...

Y por un instante sentí en mi corazón un amor rápido, inspirado por la injusticia de su desgracia, por la lástima de verla exponiendo sus carnes jóvenes en medio de las multitudes locas de los cafés, por aquel sonrosamiento de la fatiga que la levantaba el pecho adorable y le movía los labios de florecilla en capullo... y por aquella belleza suave y simpática que venía de toda su figura de mariposa... Un amorcillo fugaz, como todo sentimiento noble, que se evaporó cuando, corrida la cortina, cesó el pataleo del público voraz y quedó el café solitario y humeante, pestañeando el sueño de las altas horas por los temblorosos mecheros del gas.

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Aritmética endiablada

En París se ha abierto una instrucción contra el obispo de Nevers, con motivo de una pastoral relativa á la organización de la obra del dinero del culto.

Nada, que no los dejan; que el oficio de obispo se está poniendo en Francia cada vez peor. Y que cuando se trata de dinero, todo Dios se moja; ó se baña, como dicen los comerciantes.

Lo mejor de los dados es no jugarlos. Mientras la fe y el dinero estén juntos en una regla de alicación, cualquier aprendiz de aritmética podrá sacar tristes conclusiones, por una regla de tres, para la regla de Compañía.

De la Compañía de Jesús, que es la más interesada en asuntos de la tierra y el cielo.

Memorias de un jesuita

Un milagro de San José

No llevaba yo mucho tiempo en el noviciado cuando llegó la novena del casto esposo de María.

Celebrase con gran solemnidad entre los jesuitas, por ser éstos precisamente los que implantaron en la Iglesia, ayudados por Santa Teresa, el culto al patriarca, padre putativo del Hombre Dios.

Es de advertir que la Compañía, respetuosa ó exclusivista, jamás tiene una devoción que yo tenga ó practique otra orden religiosa. San Antonio, con todos sus milagros; San Roque, con su inmenso poder desinfectante; San Ramón, con su divina obstetricia; San Rafael con su *tourismo* celestial, no valen nada para los hijos de Ignacio de Loyola. Más aún, la Santísima Trinidad carece de solemnidad para quitar una hora de estudio á los estudiantes, y el Corpus es un día como otro cualquiera.

Tratándose de la Virgen, los títulos del Carmen, el Pilar ó los Dolores no tienen importancia ninguna; pero la tienen inmensa el del Purísimo Corazón ó la Asunción á los cielos. San José es santo jesuitico, por lo cual su fiesta pone de gala colegios y residencias de la Compañía, al par que merece desdenes y aun burlas de parte de los dominicos.

Uno de los piadosos ejercicios á que durante la novena nos entregábamos era la lectura de la vida y milagros del santo, hecha en público, es decir, que uno leía mientras toda la Comunidad devotamente escuchaba.

Llegóme el turno y fui designado para leer en alta voz, cosa que parece sencilla y,

sin embargo, resultaba sumamente difícil, lado el buen humor y propensión á la risa que entre aquel gentes reinaban. Una equivocación cualquiera, un gallo que hiciera desentonar la voz, un estornudo inoportuno, motivaban verdaderas tempestades de risa que colocaban al lector en poco irrisoria situación.

Después me, pues, á leer con toda gravedad y corrección. Ocuparon los jesuitas sillas y bancos en una anteala. Me senté ante una mesita donde el libro estaba y comencé la piadosa lectura.

Todo parecía que iba á salir á pedir de boca, cuando llegué á la narración de un milagro esparido hecho por San José y que consistía en lo siguiente:

«Certo moro, que se había resistido tenazmente á abrazar el cristianismo, despertó una noche, vispera de la festividad del santo patriarca y sintió tales deseos de ser bautizado, que, no pudiéndolo efectuar en el momento, prorumpió en amargo llanto pidiendo á voces el sacramento del bautismo.

Apareciósele entonces, decía el autor del libro, un venerable anciano, quien tenía en la mano un gran vaso de agua, que bonitamente vertió sobre el moro poniéndole como una sopa. El anciano era San José, y el moro, de aquella manera, aunque á riesgo de tomar un constipado, quedó hecho cristiano.

Pues bien; al llegar á lo del chaparrón, me asaltó una gana de reír tan grande que, contenida un momento, esalló furiosa, haciendo que llorase, me reíeriese y me reventase de tanto reír. Contagiaronse los que á la lectura asistían y, como los más impíos librepensadores, se tiraron de risa á costa del milagro escrito para edificar y mover á devoción á los católicos. Las carcajadas se oían en toda la casa y, en vista de que no renacia la calma, allí se acabó la lectura.

Fuese cada religión á su cuarto y yo al del padre rector, que me mandó llamar inmediatamente. Pensé que me esperaba una reprimenda, y así era en efecto. Estaba el gravísimo padre con rostro serio y desabrido, no contestó á mi saludo, y me dijo:—Ha faltado usted gravemente, no sólo á sus deberes de religioso, sino también á los de cristiano; que nadie que lo sea se burla del modo que usted lo ha hecho de un prodigio que más debiera entusiasmar y conmovir.

—Dispénsame—contesté,—pero no he podido contener mi risa intempestiva, que lamentó como el que más.

—Es que esa risa indicia claramente que no hay fe, ni piedad, ni devoción.

—Los demás padres y hermanos también se han reído y, sin embargo...

—Todos son unos impíos y merecen que yo tome con ellos alguna grave determinación.

—Repito que lamentó lo ocurrido.

—Y ¿qué era lo que en ese milagro tanto excitó la hilaridad?

—Pues, nada, padre; que se presentó San José á un moro...

Al llegar aquí, suelto otra vez el trapo delante del rector, y empiezo á reír con tal fuerza, que me apretaba los ijares y llené banse de llanto mis ojos.

Miro al padre, y veo que estaba también desternillándose de risa. Aumenta con esto mi alegría, y entre los dos hicimos un dúo que sería un éxito para cualquier autor satírico y jocoso.

Cuando nos tranquilizamos un poco, nos miramos en silencio y me fui á mi aposento, seguro de que ya no venían castigos ni penitencias.

Este el día siguiente suprimíose en la lectura la narración de hechos milagrosos.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Si la justicia de Dios fuese como la de sus representantes en la tierra, estaría el cielo lleno de bandidos de todas clases y categorías.

Y aun no estoy muy seguro de que no lo esté, dado que el dinero salva, y los bandidos son casi los únicos que lo poseen en la tierra.

EL HIJO DE LA CÁRCEL

Cuando vino el guardián y le dijo así, de golpe, que era «su día», su día de libertad, no se dió cuenta de la profunda revolución que iba á operarse en su vida de penado envejecido bajo las bóvedas sombrías de la cárcel. Miró al celador con sus grandes ojos mortecinos, acostumbrados á la obscuridad del pabellón, é hizo un mohín de indeferencia.

—¿Qué! ¿No te preparas?

—¿Hay que prepararse? ¿y por qué?

—Has recobrado tu libertad.

—Entonces, ¿me echan?

El guardián se rió.

—¡Vamos, hombre! no te chanches.

Mientras lo dejaban solo, el 314 trabajó horriblemente para acordarse de su pasado, para reconstruir la escena de su niñez, para rememorar la hora fatal de ira en que levantara su brazo y, celoso, hecho una furia, hundiera el puñal en el corazón de la mujer ingrata.

Después, como si la luz fuera penetrando en su cerebro, como si descorriese un velo espeso, se vió á sí mismo, joven, desesperado, hundiéndose en un calabozo, lleno su recinto de sus gritos de dolor, y las noches solitarias, y los días horribles iban blancuando el cabello, sin un consuelo, sin una frase de ternura... Más tarde, al saber la muerte de su madre, la paz inalterable, la atrofia de sus sentidos, el sistema de sus movimientos de autómatas; por fin, los años, largos ó cortos, que volaban sobre la cárcel...

Sintió un fino tal que castañeteó los dientes y se sentó en el banco duro de la celda.

Ya no era el 314, sino David Rodríguez. El director le exhortó al bien, á la honradez y al trabajo, y le zumbaban las palabras en r severas y cariñosas, cuando se vió en la calle, solo, vacilante, sin guía ni norte.

¡Veinte años! ya no tenía hogar, ni amigos, ni nada. Era un desterrado, un anónimo... Y comenzó á vagar, á recorrer la ciudad, deslumbrado, ébrio de tanto grito, tanta luz y tanta alegría.

Se codeaba con las gentes y le parecía que lo señalaban irónicamente, como si llevase en la cara el sello del presidio.

Estaba rendido. Amanecía. El centinela se paseaba en el alto muro, arma al brazo. Acababa de dar su último alerta.

David se despertó sin extrañarse de verse en el césped, cerca de la cárcel...

Al poco rato, sombrero en mano, el mismo que le regalara el guardián, se presentaba delante del director.

—¿Y tú?

—Yo quiero quedarme aquí, de cualquier cosa, aunque sea de preso...

—Bueno, quédate.

—¡Oh! ¡gracias, señor, muchas gracias! ¡Tenía tanto miedo de volver á empezar la vida!

David, con su cara cetrina y su cabello blanco, lloraba y reía como un niño que regresa al regazo maternal...

MANUEL MARÍA OLIVER

Bandera escupida

Un canónigo ha di ho en Compostela que la Iglesia ha levantado la bandera de la Equidad, la Fraternidad y la Libertad frente á la de la revolución.

Comprendido. La Equidad, representada por los trabajadores muriéndose de hambre y los frailes y curas acaparando millones.

La Fraternidad, llenando de cadáveres el cementerio de Osera.

Y la Libertad, metiendo en la cárcel al que no se descubre ante una procesión.

Escupo sobre la bandera levantada por ese canónigo.

EL QUE ESTÁ A LAS DURAS...

Comprendo, y me explico, y lo creo justo, que el devoto que pida algún favor á un santo se muestre agradecido y le regale algo que él pueda utilizar: un traje nuevo, una corona, un báculo, según la categoría á que pertenezca y las prendas ó las insignias que use; mas no que premie al cura por un servicio que no ha prestado. La equidad no debe ser nunca una palabra vana.

¿Qué diría el cura si, por no haber accedido el santo á la pretensión del devoto, éste le exigiera daños y perjuicios? Diría, y con razón, que no debía responder más que de sus propias acciones.

Pues el que no esté á las duras, tarapoco debe estar á las maduras.

Con 20 céntimos de agua de Loeches se limpia un hombre el cuerpo. Para medio adecentar el alma necesita confesar, comulgar, oír misa, asistir á novenas y procesiones, rezar partes de rosario, etc., etc.

Esto, vivo; que muerto tienen que cantarle respuestas y aplicarle otra porción de medicinas místicas, todas por cuanto vos contribuísteis, sin que ni el mismo demonio sepa si producen efecto, por no acostumbrar á volver á éste ningún alma del otro mundo

EN PRENSA

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

SECCIÓN AMENA

LO QUE PUEDE UNA MISA

CUENTO

I

Llegó el ángel portador de las órdenes celestiales al Purgatorio, y las ánimas benditas se fueron a su encuentro. El emisario divino desdobló lentamente un pliego, y con voz gangosa de triple monacal leyó: «Excelentísimo Sr. D. Agapito Malascentas, libre por virtud de las seiscientas misas que sus herederos han hecho celebrar por él».

—¡Libre!— exclamó una de las ánimas oyentes, —y llegó ayer con la condena de tres mil seiscientos ochenta años, siete meses, once días, nueve horas, seis minutos y ocho segundos!

—Ahí veréis la virtud de las misas— contestó el ángel: —y prosiguió la lectura: «Fray Bartolo Tripagorda, libre por los sufrimientos que en su convento han celebrado por su alma».

—¡Jugó!— murmuraron los oyentes, —y no ha estado ni una semana en el Purgatorio, y eso que estuvo a punto de caer en el infierno por lo que hizo en un convento de monjas!

Los angelitos que acompañaban al mensajero gritaron: —¡Silencio!

La lectura de las sentencias se prosiguió entre murmuraciones y frases del peor gusto. Pero cuando todos se quedaron con la boca abierta y sin saber qué decir, fué cuando el ángel leyó: «Crispín Cerote, libre por virtud de una misa mandada decir por su hijo».

El alma del maestro Crispín no se hizo repetir la orden de libertad, y al trote largo se encaminó al Cielo, cuyas puertas le franqueó San Pedro sin la menor dificultad.

El maestro Crispín penetró en la mansión de los bienaventurados y se colocó a sus anchas entre Santa Ana y Santa María Egipciaca, que lo recibieron como las mujeres reciben a quien las galantea después que perdieron los encantos de la juventud, aunque el Tenorio se llame Cerote y apeste a su apellido.

—Pero ¿qué mosca le habrá picado a mi Perico para gastarse treinta perras chicas en sacarme del Purgatorio? ¿Será que ya no venden vino en la Tierra? Esto se decía Cerote, pero se engañaba. Perico no había gastado en aquella ocasión más que su ingenio vivo y fecundo, aguzado precisamente por el deseo de echar un trago.

II

Perico Cerote, hijo de maese Crispín, tenía la costumbre de tomar la mañana; pero un día amaneció sin dinero, y dando vueltas al majín recordó que tenía una moneda de dos pesetas falsa, y recordó al mismo tiempo que conocía a un cura casi sordo y punto menos que ciego. Envolvió su única moneda en la punta de un pañuelo, y con el semblante compungido y los ojos húme-

dos por la saliva con que los untaba con frecuencia, se presentó ante el presbítero, diciendo con voz que parecía llorosa:

—Señor cura: hoy hace un año que pudre tierra el pobrecito de mi padre, y puede ser que esté en el Purgatorio esperando una memoria de su hijo.

—Seguramente— contestó el cura, —y es muy criminal olvidarlo tan largo.

—Y tanto! Como que hace lo que va de mes que sueño todas las noches que el alma de mi padre viene a pedirme que le digan una misa.

—A los del Cielo— afirmó el presbítero. —El olvidar a los difuntos es un verdadero crimen.

—Eso es lo que yo digo, señor cura; y de aquí en adelante no ha de pasar un mes sin que vaya para allá, aunque no sea más que una miserable misa.

—Si, hombre; y verás cómo Dios te ayuda y todo florece.

—Mire usted. Sin almorzar nos quedamos en mi casa por mor de la misa pa el agüelo.

—Más mérito, hijo mío, más mérito.

Perico entregó sus dos pesetas gimoteando, y pidió la vuelta al sacerdote, que se apresuró a sepultarlas en el talego que le servía de bolsillo.

Dió el cura las cinco perras gordas que sobraban. Perico se fué más contento que unas pascuas y aquella mañana hubo buñuelos y aguardiente.

III

Cuando llegaron al Cielo las quejas del engañado sacerdote, el Señor, que estaba malhumorado, dijo:

—Que otra vez tenga cuidado ese gazañero! Ya no se puede echar de aquí al tío Cerote, ni se debe hablar más del asunto. No conviene que se sepa que se puede entrar en el Cielo con moneda falsa.

J. AMBROSIO PÉREZ

Sermón perdido

En un lugar de Galicia, un día de San Amaro, del sermón del cura copio estos elocuentes párrafos: —Este es un pueblo de herejes, de mezquinos o tacaños; nadie da para las ánimas, nadie da para los santos. De la cosecha del trigo no llega a mi pico un grano; si ponen vuestras galinas, los huevos tendré guardados para que salgan a flote al llegar aquí los barcos de los soberbios ingleses que los pueden pagar caros, por cuya impiedad se queda hoy a oscuras San Amaro,

cuando en tiempos religiosos, de verdaderos cristianos, huevos por cientos traían mis feligreses amados, que, traducidos en cera, lucían en el retablo.

Aunque los santos no comen, come el cura, come el párroco, come el ama que le cuida y ciertos muchachos que Dios ha puesto en su casa sin saber cómo, ni cuándo. Ya sé que os vais de la lengua sin prudencia, sin recato, diciendo que son mis hijos y que sobinos les llamo, cual si la familia humana no fuera un misterio acaso.

¡Cuántas cosas os diría si los dieres sagrados no me impusieran silencio!

En defensa propia hablo: ¡Nadie es hijo de su padre en este pueblo! —¡Canastos!

grita el alcalde riendo; tales insultos no aguantó; fuera de aquí todo el mundo, niños, mujeres y ancianos

ó, reñido fuego a la iglesia; no más sermones de gansos

Escuelas, talleres, c. t. lras, que son el germen del saber

y la religión que queda de las familias a carj. o.

—Será o no peid do!— el buen cura exclama. —¡Vaya un fracaso!

¿Quién dará pan a los mos si pierdo los parroquianos?

¡Qué brutos! —¡Me dejan sólo!

¡Hoy me pela la Rosariol

E. SICO Y BREY

Un monaguillo a quien el cura de la parroquia, temiéndole por más cortés, encomendó el hacer marchar del templo a las devotas de última hora, sonaba con estrépito las llaves y gritaba: —Se va a cerrar... La que tenga delicadeza que salga.

Un oficial del ejército y el capellán de su ba allón jugaban a medias y perdían mucho dinero.

El oficial juraba como un condenado y el cura no decía una pa abra.

—¡Cállate! le dijo al militar un compañero. —No ves al padre cura que pierde tanto como tú, y sin embargo, cala?

—Si callo, —respondió el cura; —pero voy a medias con él, lo mismo en las pérdidas que en los juramentos.

Cierto predicador hizo una magnífica deseriación del cielo. Bajó del púlpito y le preguntó a un paletó:

—¿Qué tal? ¿No te he hecho sentir ganas de ir al cielo?

—Hombre... la verdad... ello será muy bue-

no; pero como cuesta la vida, hay que pensarlo un poco.

En un pueblo, varios vecinos fueron a ver al cura.

—Venimos— le dijeron— a que usted haga por nuestra cuenta una novena a la Virgen.

—Muy bien, hijos míos.

—Si, señor cura. La novena es para que granice.

—No será para eso. Desearéis que sea lo contrario.

—No, señor cura. Ha hecho tan mal tiempo este año, que nuestra cosecha está merma-

da en las tres cuartas partes. Si cayese un poco de granizo nos habíamos salvado.

—¡No comprendo!

—Es que estamos asegurados contra el granizo.

La fea costumbre de los curas de decir en mal latín lo que pudieran expresar en buen castellano, tiene también sus quiebras.

En un pueblo de Aragón llvaron a bautizar un hijo de un vecino a quien apodaban el tío Bolo.

Empezó la ceremonia, y como es corriente que el monago conteste a nombre del neófito, el cura le dirigió la sacramental pregunta: ¿Vis baptizare?

(¿Quieres ser bautizado?)

Y el monago contestó, como es de rúbrica, quiero, ó sea, vo o en latín.

—Oye, tú, mocoso—dijo el padre de la criatura llenándole la cara de dedos—¿qué es eso de bolo? Conque gapeñas ha nacido el chico y ya empezas a motes con él?

Un obispo muy arrimado a la cola visitó, al tomar posesión de la mitra, la Inclusa de la población.

Repitió la visita cinco años después, y creyendo que los acogidos eran los mismos que vió en la primera visita, preguntó a las hermanas:

—Pero ¿qué demonios dan ustedes de comer a los chicos, que tan poco han crecido desde hace cinco años?

Santa ignorancia

Muy contrita una criada fué a confesarse en Cuarema, y se acusó de las sisas, y de otras fijas diversas.

Quiso luego el sacerdote ver si estaba bien impuesta en la doctrina cristiana,

y le dijo: «hermana, atiende.

¿Qué día murió el Señor?»

—¡El señor! ¡Padre, usted sueña!

—¿Cómo!—El señor no murió.

¿Qué dices?—Hablo de veras.

Quien murió fué mi señora

de un ataque a la cabeza; él, aunque estuvo malito, logró salvar la pelleja.

V. M. M.

(FOLLETÓN 28.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

CAPÍTULO XV

DE LA PRIMERA SOBA QUE EXPERIMENTARON LAS FUERZAS DEL REINO, CON GRAN ASOMBRO DE LOS SEÑORES DE ÉL.

El día mismo en que llegó a la Habana la noticia de la ruptura, 21 de Abril de 1898, el gran chambelán autonomista arengó desde el balcón de su palacio a la multitud patriótica que había en la Plaza de Armas, y anheloso, sin duda alguna, de arrancar vivas entusiastas de aquellos mismos pechos de donde tres meses antes había tenido que oír insolentes «muertas», dijo y prometió que de aquel conflicto él había de salir «ó victorioso ó muerto».

Esta fué la primera broma bélica de aquel gran chambelán; porque ya sabe el lector que lo que el general Blanco prometía era lo que los antiguos espartanos llamaban «volver con el escudo ó sobre el escudo», puesto que sobre éste le iban al guerrero que moría; y como el gran chambelán salió de la campaña fué más grueso y de mejor color y sin escudo.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que eso lo dijo el general Blanco en el balcón; y el balcón, que figura en la his-

toria contemporánea de España casi tanto como en las fachadas de las casas, seduce, fascina, perturba de un modo especial a aquellos naturales, sobre todo a los señores del reino. Y no sólo son promesas, casi siempre falaces, lo que en el balcón ó desde el balcón se hace. También se hacen otras cosas. El general Caballero de Rodas, por ejemplo, que también mandó en Cuba, solía hacer en él el ejercicio. Y jera de ver al gran chambelán, gobernador y capitán general de la isla, disfrazado de simple soldado de voluntarios ejecutando en el balcón de Palacio el manejo del arma a la vez que el regimiento a que pertenecía, situado en la plaza pública, y a la voz del coronel que lo mandaba! Ya en otro capítulo hemos dicho lo que desde el balcón de su casa hizo D. Práxedes: declarar la guerra a Alemania. En el balcón estaba igualmente, según también tenemos dicho, el gran chambelán de Puerto Rico cuando lo de la alborada en que se originaron las «visperas borinqueñas». Pues y un simple saludo que se hizo desde uno de los balcones del Real Palacio al general Polavieja, acabado de regresar de Filipinas vencedor de los tigres y vencido por Cánovas, a la sazón jefe del gobierno, saludo que promovió lo que los españoles llaman «gran revuelo», y que estuvo a punto de producir una crisis, esto es, un cambio total de situación ó ministerio? En fin; que si los españoles no se dejasen seducir tanto y tan a menudo de lo que se les dice desde el balcón, la cosa pública, indudablemente, iría allí muchísimo mejor de lo que va. Nada, nada de balcones; al contrario, huir de ellos, echarse a la calle;

esto es lo que a aquel pueblo le conviene.

Pero todo esto pasaba en Occidente, donde, contra lo que los señores del reino se habían imaginado, no empezó el conflicto a ser interesante. Fue de Oriente, Filipinas, de donde primeramente vinieron las inexplicables sorpresas, grandes desazones y tremendos desengaños.

Sucedió, pues, que los señores del reino, gobernantes analfabetos, no de los que ignoran el abecedario de la gramática sino de los que desconocen el de su oficio, estaban seguros de que, aun suponiendo que no llegasen a vencer a los «tocineros» (esto creían que todos los americanos eran), sostendrían airoosamente el pabellón y darían mucho que hacer al enemigo. Además de esto, aunque tan insipientes, los señores del reino conocían de artillería y guerra naval lo que más les importaba a ellos; que, por poderosos que fuesen los buques yankees, y por bien armados que estuviesen, no podían tener cañones que desde el mar pudiesen poner proyectiles en Madrid, capital de la monarquía, situada, como es sabido, en el centro del territorio peninsular.

Por las dos razones dichas no habíanse cu dado nada de lo que podía ocurrir en Oriente, donde además creían que tenían una escuadra formidable.

El caso fué que, como los americanos habían apostado preventivamente cerca del archipiélago filipino una escuadra muy superior a la que los señores del reino tenían en él, el gran chambelán de aquellas islas vió desde luego el nublado que se le venía encima, y desde luego perdió el buen humor reglamentario... y allí fué Troya.

En efecto; como la escuadra america-

na había recibido orden de buscar a la española y destruirla, era de suponer que ésta, cuya inferioridad conocía aquel gran chambelán, ahora ya muy serio, había de apeschar con el único recurso que tenía, el de retirarse a alguna parte, de aquel vasto y complicado archipiélago, en que no fuese fácil a la americana dar con ella, cosa sencillísima y tanto más indicada cuanto que, así hubiese sido igual a la enemiga, mientras no tuviese seguridad de vencerla y de hacerla en cualquier momento por completo, lo que debía hacer era retirarse para una de estas cosas: ó obligarla a ir en su persecución por un extensísimo é intrincadísimo laberinto, ó dejarla que se lanzase a atacar algún puesto importante y sorprenderla y cogerla entre dos fuegos. Por esto el gran chambelán de Filipinas, con toda la seriedad de que era capaz, dió a escoger al almirante Montojo nada menos que dos puntos en cualquiera de los cuales podía situarse con sus buques. Verdad es que estos dos puntos, la bahía de Manila y el puerto de Subic, estaban cercanos y eran conocidísimos é igualmente abordables, y tan indefenso se hallaba el uno como el otro; mas por eso mismo, como entre que los americanos se liasen a tiros con él, esto es, con la población de Manila, ó que lo hiciesen con Montojo, esto es, con la escuadra que éste mandaba, conceptuó preferible lo segundo; el almirante Montojo pasó primero a Subic, allí lo pensó mejor y regresó a la bahía de Manila, donde fué atacado por Dwey; y a la semana de haberse declarado la guerra, la escuadra española de Filipinas quedó enteramente aniquilada.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Entran en Villanueva del Rebollar, inmediato á Carrión. Después de robar al labrador D. Esteban Aparicio, le maltratan á sablazos, lo mismo que á su esposa, la cual muere de sus resultas, haciendo poco más ó menos en las demás casas.

En Añosa, á donde van después, hacen lo mismo, asesinando además al cura párroco por no querer ayudarles.

En la acción de Murrieta un carlista, al ver caer herido al capitán Gutiérrez Zuvieta, se cebó en él, y aun después de verle cadáver se entretenía en dispararle tiros.

Un hijo del capitán que acudió á evitar tamaña profanación, y lo consiguió matando á aquél salvaje, fué herido y quedó prisionero. Se dijo que lo habían fusilado.

Fusilan á un pobre hombre que se atreve á salir de Olot y dejan su cadáver insepulto en el camino durante cuatro días.

Lo harían para recrearse en contemplarlo mientras no se presentaba otro á quien asesinar.

Un ginete carlista acuchilla cerca del Bruch á un infeliz sordo, que no oyó la voz de *alto* dada por los facciosos, quienes se cebaron después en la víctima sacrificada por su jefe, con el ensañamiento de que tan revelantes pruebas venían dando.

Ningún respeto tenían á nadie cuando de aciar su sed de sangre se trataba.

Llega á Algorita en Abril del 74 el corresponsal del *The Times* de Londres, sábenlo los carlistas, se apoderan de él y disponen su ejecución. Y gracias á que el vicecónsul de Francia pudo intervenir á tiempo, salvó la vida cuando estaba ya delante del pelotón que había de fusilarle.

MAYO

Para vengarse de la derrota de Burriol, los carlistas dan orden de destruir los ganados y las propiedades de Castellón, reproduciendo la ferocidad de la primera guerra.

Una partida carlista se presenta en Turis emprendiéndola á tiros con los que huían y matando á algunos infelices; exige 5.000 duros en el término de una hora, y como era imposible pagarlos, se llevan secuestrados á varios contribuyentes.

Los carlistas que ocupan las cercanías de frín asesinan á un pobre carpintero, padre de cinco hijos, que tuvo el mal acuerdo de salir de Fuenterrabía; y lo mataron, por el gusto de matar.

Los de Segorbe asesinan á un veterinario llamado Aparicio en las afueras de la población.

Son fusilados en Inreta (barrio de Durango) dos individuos de la partida fuerista sublevada contra la Diputación á guerra de Vizcaya, hecho que causa indignación entre los mismos carlistas por la precipitación y la informalidad con que se lleva á cabo.

El cabecilla Corredor fusila en los alrededores de Segorbe á un liberal que no quiso unirse á su partida.

Al verse obligados los carlistas á abandonar el pueblo de Dima, se vengan poniendo fuego al edificio en donde tenían á los prisioneros liberales, que estuvieron á punto de morir todos abrasados.

Detienen un tren en Castellón y fusilan al conductor, remitiendo las ropas del desgraciado á Castellón, para hacer cinico alarde de su brutal crimen.

A fin de que no quedase duda de lo que significa la palabra *carlista* en el diccionario del decoro, de la honradez y de la caridad, los partidarios de D. Carlos hacen víctima de sus vejaciones á la Cruz Roja, institución respetada en todas partes.

Entre otros muchos casos que se pudieran referir y que hizo públicos la prensa de aquel tiempo, se encuentra el atropello de una ambulancia en Orduña, donde los caníbales carlistas querían asesinar á todos los empleados y pegar fuego á los carros.

Así pagaban los servicios que la benéfica institución prestaba á sus heridos en los campos de batalla.

El cabecilla Camarero entra en Sedano, y como no se presentan los vecinos á hacer efectiva la cantidad que les pide con la premura que exige, se lleva en rehenes á dos señoras ancianas, al registrador de la propiedad, al cura párroco, á dos procuradores y á varios concejales.

En Los Valles exigen los carlistas 4.000 duros, y por no habérselos entregado, se llevan rehenes, lo mismo que en Estivella.

En Lodosilla (Orense) roban todo el tabaco que había en el estanco, se llevan 2.500 reales y á un rico labrador en rehenes.

En Naquera las partidas de Corredor y Sierra Morena piden 30.000 reales y se llevan al alcalde, á un concejal y á tres contribuyentes.

En Utiel, no contentos con robar 7.000 duros, piden que se envíen á Chelva todos los sastres del pueblo para coser uniformes.

Entra Cucala con su partida en Villareal, y todas las mujeres perdidas salen á recibir á los carlistas faltando á todo pudor y produciendo escenas escandalosas. Entre aquellos sátiros iban dos curas. Al entrar asesinan á un voluntario y piden 5.000 duros de contribución.

En Almazora se llevan á todas las mujeres de los vecinos que habían huído.

La facción de Marco de Bello roba en Monreal 5.000 duros y se lleva nueve contribuyentes por no creer suficiente esta cantidad.

La de Saturnino Salvador roba 15.440 reales en Pisuerga.

Una levantada en Larín roba 15.000 al recaudador de contribuciones de Golada.

La de Mochón roba 16.000 reales en Berlanga.

Otra apalea en Ancho á dos mujeres, y mutila á otra bárbaramente.

Al ser puestos en libertad en Andoain algunos paisanos hechos prisioneros por *Ochavo*, las benditas mujeres los insultaron, apostrofándolos desde las ventanas de la manera más soez y dando gritos á los suyos para que los matasen.

Las facciones de los curas de Prades y Flix y cabecilla Mora, penetran por sorpresa en el pueblo de Bellmunt. Retirados los voluntarios al fuerte, los cabecillas ordenan el saqueo y el incendio de la población, que se lleva á cabo en medio de espantosa gritería y de una confusión infernal. Para evitar mayores males, los voluntarios del fuerte capitulan, y desde aquel momento el pillaje, el incendio y el asesinato son el único objetivo de aquellos miserables. Cinco voluntarios quedan acuchillados en medio de la calle, diez ó doce casas devoradas por el incendio, saqueadas las restantes y violadas cuantas mujeres encuentran en ellas. Después exigen 6.000 duros por vía de contribución, llevándose en rehenes gran número de personas por no haberse podido reunir mas que la mitad de la suma.

JUNIO

Cogen en Prats de Llusanés á una infeliz mujer, la rapan en mitad de la plaza, le cortan las orejas, la apedrean y después de ensañarse maltratándola de todas maneras, la fusilan.

Fusila Tristany al salir de Prats á seis soldados prisioneros, á pretexto de que se habían separado del camino que seguía la partida. Días antes había fusilado en Vich cuatro soldados y un cabo.

En Peñacerrada (Alava), emplumaron los carlistas á tres muchachas, por el enorme delito de haber pretendido marcharse á Victoria á servir.

Lo propio hicieron á una joven en Orozco, por orden del titulado comandante de armas carlista de aquel punto (maestro de escuela), con la aprobación del clero de la villa.

Llegan los carlistas á una venta cercana á

Abarzuza creyendo que está allí herido Concha; entran, ven el lecho sobre el cual murió el general y la vela de cera que le sirvió al sacerdote para administrarle la extremaunción, y hacen furiosamente trizas la sábana ensangrentada, y llevan a ve a poco menos que en procesión á una ermita próxima.

Entran el día 26 un sargento y un oficial carlista en un molino más allá de Laguardia, intentan ultrajar á la molinera que se halla sola, y la valerosa mujer da muerte á los dos católicos apostólicos romanos carcundas.

Acuden varios carlistas y se llevan á la heroína y á una hermana suya que acude en aquel instante.

¿Qué hicieron con ellas? No podemos decirlo, por no haber encontrado datos en parte alguna; pero es de suponer, sabiendo lo salvajes que eran.

El comandante de armas carlista de Artana se puso á maltratar á un niño; el padre, Pascual Agramunt, y la madre le suplicaron que no lo hiciera, y él, cumpliendo como buen súbdito del *Chapa*, mató de tres tiros de revolver al padre, é hirió de un sablazo á la madre.

JULIO

Articulado de la vandálica orden dictada por el titulado comandante general carlista de Vizcaya á los comandantes de armas de la costa, en Julio de 1874:

1.º En el momento que reciba usted esta orden, procederá á poner presos á todos los liberales de la costa de su distrito, reclamando para ello la fuerza que creyera necesaria del décimo batallón de casados.

2.º Una vez presos les hará usted entender que lo son en vista de los actos vandálicos que viene cometiendo el gobierno de la república, dándoles lectura del presente oficio.

3.º Les advertirá usted que por cada cañonazo que los vapores enemigos disparen contra las poblaciones indefensas, será pasado por las armas uno de los presos, siendo sorteados.

4.º Todos los daños que ocasionen los proyectiles enemigos serán indemnizados á prorrato entre los liberales presos, así como quedarán obligados á sostener todas las familias de los pescadores, y á cada una de ellas se les señalará la dieta que yo tenga á bien disponer para el sostenimiento de ellas.

5.º y último. Para el debido cumplimiento del artículo 3.º me dará usted parte de los cañonazos que se disparen en cualquier de los pueblos de su distrito, para que yo resuelva la forma, día y hora de la ejecución.

Fusila el cabecilla Alemany á un vecino liberal en las inmediaciones de Ampolla.

Carranzo roba en Melgar 15.000 reales.

Asesinan en una finca de su propiedad á un vecino de Cornudella: con su padre habían hecho tiempos atrás lo mismo.

Hieren de un lanzazo á un pobre labrador junto á Castellón y golpean á otro.

Lizarraga llega á la Espluga de Francolí, y sin darle más tiempo que para confesar su nombre y que había pertenecido á la partida del cura de Flix, fusila frente á la Iglesia á un individuo que se había acogido á indulto, diciendo «que lo fusilaba por delito de deserción ante el enemigo.»

Por haber pertenecido al comenzar la guerra á una compañía de movilizados, fusilan los carlistas tres individuos en Gornal.

Secuestran al alguacil y al sepulturero del Arrabal de Jesús en Tortosa, y los fusilan al día siguiente junto á las tapias del cementerio.

La defensa de Teruel fué muy heroica. Entre los actos de heroísmo, merece citarse el de una mujer cuyo valor causó la admiración general, que, armada con su carabina y la canana provista de cartuchos, formó al lado de los valientes voluntarios, é hizo fuego mientras duró la lucha. Un vecino, que no podía andar sin muletas, se dirigió al sitio de la pelea, y apoyado sobre una pared, hizo sus disparos. Un oficial de voluntarios, D. Santiago Mazat, se portó como un héroe, así como los individuos de la Cruz Roja.

Si los carlistas llegan á posesionarse de Teruel, hubieran eclipsado sus crímenes en Cuenca; tal odio tenían á la ciudad. Para formarse una idea, baste decir que en el corto tiempo que ocuparon alguna parte de las afueras, entraron en la iglesia de la Merced, situada en el arrabal, rompieron la custodia y se llevaron todas las piezas de plata y oro; además cogieron el copón, tiraron las hos-

tias, y se lo llevaron. Y pareciéndoles poco, penetraron en la capilla del cementerio, cogieron el crucifijo y lo hicieron pedazos á palos y pedradas.

Al abandonar el arrabal hicieron de las suyas más aún. No contentos con prender fuego á las casas en que se guarecieron, le sacaron los ojos á un infeliz y acuchillaron á otro, partiéndole además una mano en dos mitades.

Un artículo de *El Imparcial* que merece ser leído, por que da idea de cómo estaba la opinión en España á raíz de la toma de Cuenca por los carlistas. Fué publicado el día 23 de Julio de 1874.

«Los bárbaros fusilamientos de Olot y las noticias que se reciben de Cuenca refiriendo los atentados contra el pudor, las escenas de pillaje, de devastación y de sangre que ha presenciado horrorizada aquella capital, han producido en todos los hombres honrados un sentimiento de indignación, del cual participamos en alto grado, y que no podemos, ni debemos, ni queremos contener.

España entera, el mundo todo sabe con qué prudencia, con qué mesura, con qué resignación hemos procurado no sobrescitar en lo más mínimo á los partidos liberales, esperando que esas hordas salvajes, que para mengua de nuestro nombre y de nuestra civilización han nacido en este siglo y en esta generosa tierra, retrocederían en su camino de barbarie; pero los violentos latidos de nuestro corazón, el zumbido de la sangre que se agolpa á torrentes en nuestro cerebro, el calor, en fin, que sentimos en el rostro, dicen á gritos á nuestra conciencia que no puede haber ley, ni divina ni humana, que nos obligue á extremar la mesura hasta el temor, la prudencia hasta la cobardía y la resignación hasta el vilipendio aceptado y consentido.

Nosotros deploramos, pero comprendemos que en lo rudo de la pelea, en el fragor de combate, cuando nos envuelve la nube de humo que lleva en sus entrañas el plomo y el hierro que ha de segar en flor millares de existencias, se oscurezca la conciencia humana, y el instinto de conservación, sobreponiéndose á todo, se bebe con delirio en la destrucción y en la muerte, porque entonces destruir y matar es vivir, es alimentar la esperanza de volver á ver al hijo idolatrado, á la madre adorada, á la esposa querida que lloran lejos de nosotros.

Pero cuando han pasado esos instantes de embriaguez, de locura y de frenesí; cuando merced á la traición, á la astucia ó á la superioridad de la fuerza, el enemigo cae á nuestros pies rendido y desarmado, ostentando con dignidad sobre su frente el peso de su desgracia ó de su derrota, recordándonos con su noble mirada que es hermano nuestro, que ha luchado por lealtad y por deber, arrastrado tal vez por la fuerza del destino, es una infame bajeza, una villana cobardía, una hazaña propia de bandidos el llevar más de un centenar de hombres amarrados al suplicio y exterminarlos en montón como se exterminan los insectos dañinos, como se extermina la langosta cuando aparece sobre los campos.

Cuando esto acontece, la humanidad y la civilización, el sentido moral, todo lo que distingue á los seres racionales de las fieras, proclama el exterminio, no sólo de los que han ejecutado tamaña vileza, sino también de los que, más viles y más indignos todavía si cabe, saborean con criminal deleite desde sus madrigueras aquella horrible pirámide de restos humanos, esperando que la repugnante ferocidad de la matanza haga intervenir al mundo para librarse de tal espectáculo con algún provecho material para los asesinos.

Porque ya no es posible dudarlo; después de la tolerante magnanimidad de que han sido objeto los carlistas que luchan en los campos y los que les auxilian en su hipócrita y artera propaganda ó con recursos pecuniarios, desde las ciudades; después de que no hay ni un solo carlista que no haya podido volver tranquilamente al seno de su familia, si es que esas gentes la tienen; después de haber contestado tantas veces con la clemencia á sus inauditas crueldades, al extremar estas hasta el punto á que se han llevado en Olot y en Cuenca, es que existe en ellos el deliberado propósito de obtener por ese medio la intervención directa del mundo culto en esa guerra de chacales, ya para conseguir la reproducción de un tratado como el del lord Elliot en la pasada lucha de los siete años, ya para adquirir, con la fama de sus indignas atrocidades, el carácter de beligerantes que no puede darles ninguna nación que en algo estime su buen nombre y hasta su propio decoro.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31